

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1863. — TOMO XXII.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MELAN.

Administracion general, passage Saulnier, núm. 4, en Paris.

AÑO 22. — N° 569.

SUMARIO

El general Bedeau; grabado. — El collar de la reina. — Expedicion á Méjico; grabado. — El Desierto; grabado. — Recepcion de S. M. el rey de los helenos en el Pireo; grabado. — Revista de Paris. — Crítica literaria. — Bautizo del príncipe real de Portugal; grabados. — Paris y Londres en 1793. — La galería de M. Luis Fould; grabado. — Don Alejandro Magariños Cervantes. — La caza; grabados. — Problemas de ajedrez; grabado. — Un paisaje de Schirmer; grabado. — Steeple-chase en la Marche; grabado.

El general Bedeau.

El general M. A. Bedeau, que ha muerto en Nantes el 30 de octubre último, nació el 10 de agosto de 1804 en Vertou, cerca de Nantes; entró en Saint-Cyr en 1820, y salió de subteniente en 1822; teniente el 1° de octubre de 1826, destacado al 3° de línea, era capitán cuando la campaña de Bélgica, que hizo de 1831 á 1832 como edecán de los generales Gerard y Schramm.

En 1836 fué enviado á Africa, donde permaneció diez años. Después de haberse distinguido en el sitio de Constantina, fué nombrado comandante de esta plaza, y luego teniente coronel de la legion extranjera el 7 de noviembre de 1837. En el año siguiente ascendió á coronel y tomó el mando del 7° ligero. En la expedicion de Cherehell, siempre el primero delante del enemigo, salió herido dos veces.

En 1841 fué nombrado general de brigada, y en 1842 recibió del mariscal Bugeaud el encargo de ocupar las fronteras de Marruecos y la provincia de Tlemcen, donde se habia refugiado Abd-el-Kader.

En 1844, después de la batalla de Isly, llegó á general de divi-



M. A. BEDEAU, general de division, muerto en Nantes el 30 de octubre de 1863.

sion, y tomó el mando superior de la provincia de Constantina.

Hizo dos campañas afortunadas en la primavera y el otoño de 1845; y en 1847 tomó parte en la expedicion dirigida contra las kabilas de Bougia. Un instante gobernador de Argel, fué reemplazado por el duque de Aumale, y volvió á Francia.

En febrero de 1848, el mariscal Bugeaud le dió el mando de una de las cinco columnas que debian ocupar una de las grandes arterias de la capital para comprimir la insurreccion.

Llamado al ministerio de la Guerra por el gobierno provisional, no estuvo en él mas que algunas horas, y pasó á mandar el ejército de los Alpes.

Diputado á la Asamblea constituyente, fué nombrado vicepresidente. En las jornadas de junio recibió una herida en la cabeza, que puso su vida en peligro, y después de haber sanado, tomó asiento en la Asamblea legislativa en calidad de vicepresidente.

Por fin, al cabo de muchos años pasados en el destierro, salió de Mons, que habitaba con el general Changarnier, volvió á Francia y se fijó en Nantes, donde vivia completamente apartado del mundo.

Hombre profundamente religioso, el general Bedeau abandonó como un buen cristiano la vida en que habia alcanzado tanta gloria como soldado. Desde el 8 de agosto de 1847, era gran oficial de la Legion de Honor.

A. DE M.

El collar de la reina.

(Continuacion.)

» Entonces la señora me anunció que el conde de la Motte vendria á buscarme el dia siguiente por la mañana, para conducirme a Versalles, y salió dejándome embriagada de gozo y de esperanza.

» Al otro dia el conde vino en efecto á mi casa en un coche de alquiler, y salimos para Versalles. Cerca de la verja del palacio encontramos á la señora que nos

esperaba, acompañada de su doncella, y mandando parar el coche, dijo al conde que me condujera a la casa de ella y desapareció.

» Me llevaron a una fonda de la plaza Dauphine, y M. de la Motte después de haberme depositado allí desapareció a su vez, quedándose yo en compañía de la doncella.

» Al cabo de dos horas volvieron, y la señora me dijo que la reina, informada de mi llegada, se había puesto contentísima, y que deseaba con la mayor impaciencia que dieran las doce de la noche para saber cómo había pasado la cosa.

» — ¿Y qué cosa es esa que yo debo hacer? la pregunté.

» — ¡Oh! lo más sencillo del mundo, me respondió; ya lo sabéis.

» Entonces me manifestó que se llamaba Valois, que en la corte todos la conocían por la condesa de Valois, y que ese título la daba la reina cuando la escribía.

» — Y ahora que me acuerdo, exclamó, vos también necesitáis un título para presentaros en la corte.

» Y desde aquel instante comenzó a llamarme la baronesa de Oliva, lo que me divertía, aunque no tuviese ninguna pretensión de usurpar semejante título.

» A poco rato la condesa se ocupó de vestirme. Me puso un vestido blanco de linó y una papalina ligera.

» A eso de las once salió con el conde y la condesa de la Motte, llevando una manteleta blanca y una *teresa* en la cabeza. Llegamos a los jardines del parque, y allí recibí de manos de la condesa una rosa y un billete cerrado.

» Entregareis esta flor y esta carta, me dijo, a la persona que se os presente, pero sin pronunciar más que estas palabras: « Ya sabéis lo que esto quiere decir. » Pensad que la reina estará casi junto a vos detrás de esa espesura.

» Y el conde y la condesa se alejaron.

» Yo no vi a la reina, pero persuadida de que estaba allí esperaba temblando, cuando se me apareció un señor y se llegó a mí haciéndome una profunda cortesía; le presenté la rosa y le dije aquellas palabras.

» En el mismo instante vino corriendo la condesa y dijo en voz baja con aire espantado:

» — Ahí están Madama y la condesa de Artois.

» El desconocido se alejó inmediatamente con madama de la Motte, en tanto que el conde de la Motte me cogió del brazo y me volvió a llevar a la fonda, donde muy luego se presentó la condesa anunciándome que venía del cuarto de la reina, a quien dejó encantada por lo bien que había cumplido con el encargo...

» Al otro día me acompañó a Paris el conde de la Motte.

Sin embargo, en su turbación la joven Leguay se había olvidado de entregar la carta cerrada, que devolvió a M. de la Motte, sin que se enfadara la condesa por este olvido.

En la mañana siguiente, para convencerla de que estaban muy contentos de ella, la leyeron una carta que la condesa de Valois supuso la había dirigido la reina. Esta carta venía a decir lo siguiente:

« Estoy muy contenta, querida condesa, de la persona que me habéis proporcionado. Ha desempeñado su papel a las mil maravillas. Podeis asegurarla que será feliz. »

Leída esta carta, la dama de Valois la desgarró diciendo:

— Estas cosas no es bueno que anden rodando.

Durante algún tiempo después de esta escena, la dama de Valois la convidó algunas veces a comer en su casa, ya en Paris, ya en el campo, y la entregó en dinero y en billetes de caja 4,068 libras, en vez de las 15,000 que la había prometido.

Luego poco a poco notó un gran cambio en el comportamiento de la dama. La recibía friamente, y la hablaba con un tono digno y grave. Por fin su puerta se cerró, y en julio de 1785, obligada a huir de sus acreedores, la Leguay siguió a Bruselas a una señora francesa, mes y medio antes del arresto del cardenal de Rohan.

XI.

Tal fué la declaración de esta joven, que confirmé punto por punto las revelaciones del P. Loth; madama de la Motte persistió en negarlo todo acusando altamente a Cagliostro y dejando entrever en sus pérfidas reticencias una complicidad de la reina, que según sus insinuaciones, habría presidido en efecto a la comedia de los jardines de Versalles, para vengarse del cardenal y hacerle caer en un lazo.

El arresto en Ginebra de Retaux de Villette, ex-gendarme del mismo cuerpo que M. de la Motte, hizo desaparecer al fin las últimas tinieblas.

En los papeles de este hombre hallaron unos apuntes de negocios escritos de su mano, y cuya letra se parecía a la de las supuestas aprobaciones. En uno de sus interrogatorios, sin confesar nada positivamente, dejó entrever la posibilidad de una confesión.

— Supongamos, dijo, que las firmas y las aprobaciones sean mías ó de cualquiera otro; no sería una falsificación, porque no se ha imitado ni falsificado la letra, y no se ha puesto el nombre de la reina, que no es de Francia; hasta es posible que se haya escrito así bajo la condición de que el papel jamás saldría de manos del cardenal.

Villette añadió que en caso de tener que hacer revelaciones, solo las haría al rey.

Algunos días después hubo un careo entre Villette y madama de la Motte, y al oír la lectura de los interrogatorios de este último, la condesa comprendió que la confesión no estaba lejos.

Así fué que adelantándose, exclamó con osadía:

— M. Villette, solo un culpable puede hablar de ese modo.

Y Villette respondió:

— Teneis razon, señora; si he hecho esas suposiciones, es porque sospechaban que yo soy el autor.

El 5 de mayo un nuevo interrogatorio arrancó a Villette la verdad que había indicado. Confesó ser el autor de la firma y de las aprobaciones, y haber escrito lo que le dictaba madama de la Motte. Dijo que fué arrestrado a este acto, cuya criminal importancia desconocía, por la promesa de una fortuna que madama de la Motte le hacía entrever en la protección del cardenal.

En la tarde de aquel mismo día, nuevo careo.

Villette aconsejó a madama de la Motte que confesara en su propio interés.

— ¿No es bien conocido, no se probará con muchos testigos, dijo a la condesa, que os honrabais con las bondades de la reina?

— Sin duda os han asegurado, respondió madama de la Motte con la mayor sangre fría, que si no haciais confesiones seriais condenado a penas corporales por el parecido de la letra, y que si confesabais espontáneamente la pena sería menor; hé ahí porqué habláis así.

Cuando la intriga se iba aclarando, un incidente inesperado pareció oscurecerla de nuevo.

Es el incidente que llaman de Bette de Etienville.

Bette de Etienville era un cirujano, caballero de industria que se mezcló en el proceso, pagado por todos los interesados, y que confundió durante algún tiempo a la justicia con revelaciones bien imaginadas, pero falsas de todo punto.

Aunque inspirado por madama de la Motte, Bette de Etienville no tardó en retractarse. No insistiremos más sobre este incidente que oscurecía nuestra historia. Madama de la Motte tuvo que abandonar la novela que había tramado con el aventurero.

Fácil es concebir el ruido que hacían en Paris y aun en Europa todos estos incidentes, todos estos escándalos. La sociedad fútil y corrompida de aquel tiempo saboreaba con delicias esas infamias.

El Parlamento veía en el escándalo del collar la ocasión de humillar a la corona. Todo un partido en favor de Rohan se había formado en el tribunal, y a su cabeza estaba Duval de Eprenesnil, que ensayaba su papel de sedicioso.

« Duval de Eprenesnil, dice un libelo de la época, es un consejero que magnetiza como denuncia; que ha fruncido el ceño ante el gran tribunal cuando lanzó el destierro contra los novadores físicos; es uno de los trece primeros adeptos de la fraconería egipcia. »

Este discípulo de Cagliostro vendía sus deberes de magistrado en provecho del cardenal.

« M. de Eprenesnil, dice el abate Georgel, encontró medios secretos para instruirnos de particularidades muy interesantes cuyo conocimiento nos fué de la mayor utilidad... Un procurador amigo del príncipe escribía todo lo que se decía en las sesiones y lo enviaba a sus consejeros. »

Para aumentar en el Parlamento el partido Rohan, explotaron la venalidad de los unos y las pasiones secretas de los otros. Madama de Campan nos dice que el sustituto del procurador general, Pedro de Laurencel, envió a la reina después de la conclusión del proceso una lista de los nombres de los miembros del gran tribunal, especificando los medios de que se habían valido los amigos del cardenal para ganar los votos.

Todo este trabajo de los partidos trastornó poco a poco la opinión pública. Abandonada a sus instintos de justicia natural, supo condenar a la innoble intriganta que había urdido esta trama infernal; pero muy luego los parlamentarios, el partido de Orleans, la pandilla de las tías del rey, en una palabra, todos los enemigos de la reina, lograron extraviar la opinión.

En cuanto al cardenal, le llamaban el gran inocente.

Y sin embargo, ¿hay algo más claro que este proceso?

La intriga, a pesar de la habilidad con que se había urdido, fué desenmascarada poco a poco; pero la pasión no ve más que lo que quiere ver.

Sobre los careos y los testimonios no abundan las noticias. Algunas se encontrarán en las defensas del cardenal.

Hé aquí una muestra de las conversaciones que tuvieron lugar entre el príncipe de Rohan y madama de la Motte, que tomamos del *Sumario* escrito por la misma condesa:

« El cardenal: Deberiais convenir al menos en que el conde de Cagliostro está inocente, pues en fin, ese hombre se halla privado de su libertad. »

« La condesa, con furor: ¿Es posible, señor cardenal, que useis conmigo ese lenguaje, y que me pidais la libertad de un hombre que no hacía más que engañaros? ¿Y os olvidais de pedir la mia sabiendo que soy inocente; y querriais que mintiera por salvar a ese monstruo y a vos? »

Se diría que madama de la Motte lo había calculado todo, hasta sus furiosos. No hay duda que esta mujer, admirablemente dotada para la intriga, tuvo el monopolio de la habilidad en todo este proceso. Unica culpable y teniendo en su mano todos los hilos de la trama, supo durante largos meses burlarse de la sagacidad de sus jueces y cansar su paciencia, espantar a sus victi-

mas ó interesar en la lucha desigual en que se había empeñado.

Es verdad también que todo en ella era pura invención, que puesta entre la espada y la pared no pudo llamar más que un testigo, y fué Desclos, criado de la reina y músico de la capilla, a quien dijo que había entregado el collar. Nombró a este hombre porque le había conocido por acaso habiéndole visto en una reunión en casa de un cirujano de Versalles.

¡La mujer que había persuadido al príncipe de Rohan que estaba en favor con la reina, no había puesto jamás los pies en la corte!

El 7 de diciembre el Parlamento oyó una curiosa declaración, la de la condesa du Barry. La régia cortesana fué recibida con todos los honores debidos a los mas encumbrados personajes. El escribano fué a buscarla y la tomó de la mano, en tanto que un alguacil llevaba una luz delante de ella.

Madama du Barry declaró que la condesa de la Motte desde la muerte del difunto rey, se había ofrecido a ella como dama de compañía, y que viendo la ostentación que hacía esta señora de su nombre y de su cuna, la respondió:

— No me creo en tan elevada posición que pueda tomar para dama de compañía a una de tan distinguida estirpe como madama de Valois.

Sin cortarse con esta despedida cortés, madama de la Motte volvió a la carga, limitándose esta vez a recomendar a madama du Barry un memorial para el rey, en el que pedía se le aumentara su pensión.

Madama du Barry echando una ojeada al memorial, vió con sorpresa que la firma decía: Juana de Saint-Remy de Valois de France.

Hemos hablado de las faltas que cometieron unos y otros; justo es que mostremos también las de los amigos de la reina.

El rencoroso M. de Breteuil, para perder mejor al cardenal, se atrevió a dar la orden de prender a un hombre que iba a hacer en Londres lo que habría debido hacer la policía francesa.

Este hombre llamado Ramon de Carbonnieres, gendarme de la guardia del rey y adicto al cardenal, fué enviado por este último para abrir una información sobre las ventas de diamantes operadas en Londres, a fin de descubrir, si era posible, la huella del collar.

Advertido a tiempo, Ramon burló a los agentes del ministro, llegó a Londres y comenzó sus pesquisas. El 15 de octubre de 1785 hacia comparecer ante Juan Pablo du Bourg, notario real, a un abate llamado Mac Dermott, ex-almosnero del embajador de Francia, quien declaró que presentado al conde de la Motte por el capitán O'Neil, había visto al conde en posesión de muchas joyas, que denotaban una fortuna poco ordinaria, así como le había visto también una cantidad de 3,200 libras esterlinas en un crédito que convirtió en letras de cambio contra el banquero de Paris Perregaux. *Es mi banquero*, decía el conde, y añadía que su fortuna procedía de las bondades de la reina, a quien servía de mediador cerca de diversas personas, principalmente del cardenal de Rohan.

Cuando el conde marchó a Paris, encargó al abate que recogiese de un joyero llamado Gray, unas alhajas que no habían podido venderse.

Se transportaron a casa del joyero, y le mostraron una descripción del collar. El joyero reconoció haber comprado al conde ocho piedras del engarce, un brillante arracada, ciento veinte y ocho brillantes que formaban la cadena, algunos brillantes de las bandas de los lados, y cuarenta y dos brillantes de las borlas. También reconoció haber visto y montado algunas otras partes.

Gray y otro joyero, Jefferyes, declararon que el enorme valor de los diamantes que habían visto en manos de un particular y la pérdida considerable que consentía en sufrir para su venta, les había causado asombro; pero que este particular explicó su posesión diciendo que su mujer había heredado un aderezo que no quería usar.

Estas declaraciones fueron certificadas y legalizadas por el lord-corregidor de Londres.

Hé ahí los únicos elementos de instrucción y de procedimiento que se pueden hallar en los escritos de la época.

Pero existe un documento capital, que ciertamente no pasaremos por alto, y es la Memoria del abogado-académico Target. No es un escrito divertido ó escandaloso como las Memorias redactadas para Cagliostro y madama de la Motte por los abogados Thilorier y Doillot. El día en que se publicó esta hermosa Memoria no hubo que enviar una guardia a casa del abogado, como sucedió con las otras dos; es una defensa grave, elocuente y concluyente en favor del cardenal de Rohan, que explica y resume todo el enredo bajo el punto de vista del cardenal, que viene a ser el único verdadero.

Analícemos pues esta Memoria.

XII.

Target comienza con este bello exordio: « Las revoluciones que acaecen en el destino de los grandes, despiertan súbitamente entre los hombres todas las pasiones a la vez; en los unos una alegría mal disimulada; una aflicción circunspeta en los otros; aquí el orgullo inquieto y entristecido; allí la bajeza que se consuela en vista de tales reveses; por todas partes una curiosidad bulliciosa que va saciándose de verdades y de mentiras, y que no ve en los sucesos extraordinarios más que rumores y noticias. »

» Por fin ha llegado la hora de sustituir un interés verdadero á estas vanas agitaciones.

» El señor cardenal de Rohan gime en los hierros; de la cúspide de las grandezas humanas ha caído á una cárcel; su cautividad dura mas de nueve meses, y el señor cardenal de Rohan está inocente; este espectáculo es digno de la sensibilidad pública y de la atención de la Europa.

» Se han armado lazos bajo sus piés; los prestigios del fraude han deslumbrado sus ojos; ha tenido la desgracia de desagradar á la reina por los mismos cuidados que le han impuesto su sumisión, su adhesión y su respeto. ¡Ofensa involuntaria! Pero conoce que es mas fácil justificarse de ella que perdonársela á sí mismo. Su alma se conduce cuando su conciencia está tranquila; y su único consuelo es creer que un error tan funesto podrá ser expiado por sus infortunios.

» La inocencia del señor cardenal de Rohan no es ya un problema. Sin embargo, debe á la sociedad toda la exposición de las pruebas que ha ofrecido sucesivamente á la apreciación de los magistrados, y aquellos que ya no tengan dudas que aclarar, verán con interés la historia del proceso mas extraordinario que ha habido nunca.

» Al entregar á la vindicta pública las maniobras de que ha sido juguete y víctima, ¿qué votos tenemos que formar por nuestra parte? ¿Que el profundo respeto hacia la majestad y el ardiente amor á la justicia se reunan en el fondo de nuestro corazón y se aumenten el uno por el otro! En un asunto que el rey ha puesto bajo el imperio de la ley, guardémosnos de imaginar que necesitamos valor, y recordemos que la libertad de nuestro ministerio es un presente del poder.»

¿Cual es, decía la Memoria, el punto preciso de la cuestión sometida al fallo del tribunal? No se trata de juzgar si el príncipe de Rohan se ha dicho autorizado por la reina para comprar un collar, si ha mostrado á los joyeros falsas aprobaciones; todo esto se ha confesado; no se trata sino de descubrir á los autores y cómplices del delito consistente en el abuso de un nombre augusto. ¿De buena fe puede ser encausado el cardenal? ¿Ha sido engañador ó engañado?

Para demostrar que M. de Rohan no ha sido mas que engañado, Target hace la historia de sus relaciones con la condesa de la Motte.

Presentada al cardenal por madama de Boullainvilliers, la dama de la Motte le pareció digna de lástima por su origen, por su virtud y por sus infortunios. Despues de la muerte de su protectora se recomendó á M. de Rohan, quien la dió una ligera muestra de interés.

« No era una limosna del rey ni un préstamo, sino una liberalidad módica que produjo otras. La dama de la Motte recibió del señor cardenal de tiempo en tiempo tres, cuatro ó cinco luises, y una sola vez veinte y cinco. Estos socorros y una fianza por una suma de cinco mil libras que debía al judío Isaac Beer, y que tuvo que pagar por ella en 1785, hé ahí el cuadro fiel de sus dádivas.»

No obstante éstos cortos auxilios, la dama de la Motte pasó todo el año de 1782 en una estrechez visible, viviendo en dos cuartos medio amueblados de una fonda con su marido, su hermano y su hermana. Habiendo salido no sin escándalo de esta morada poco decente, la dama de la Motte se hospedó aquí y acullá, al acaso, y gracias á limosnas de orden infimo, hasta mayo de 1783, época en que se instaló en una casa de mil doscientas libras, sencillamente amueblada. Y esto no habria podido hacerlo sin la garantía de un judío.

« No se le conocian mas recursos que los cortos beneficios del cardenal, los adelantos de la dama Briffaut, y una pensión de ochocientas libras, que á fines de 1783 se subió á mil quinientas libras.»

La estrechez persistió; el matrimonio de la Motte debió apelar á los préstamos, vendió ó empeñó sus muebles, y enajenó sus pensiones en abril de 1784. No es cierto pues, como dice la Memoria de la dama de la Motte, que recibiera del cardenal cincuenta ó sesenta luises; que el cardenal hubiese enviado doscientos luises para la señorita de Valois; que hubiese hecho adelantos para los gastos de viaje á la corte, ni que entregara diez mil libras para pagar las deudas del baron de Valois, despues de haber satisfecho las del marido. La falsedad de este último hecho resulta evidentemente de la Memoria misma en que la dama de la Motte dice que su marido se vió en la precisión de obtener un auto de sobreseimiento.

« Durante la enfermedad de la hermana, el señor cardenal no envió mas que veinte y cinco luises; pero admitamos todas esas mentiras y tomémoslas por verdades. Deudas pagadas disipan las inquietudes del momento, pero no enriquecen. Doscientos sesenta luises y algunos muebles en dos años no son una fortuna, y la pobreza de la dama de la Motte no seria menos incontestable.»

¿Qué prueba ofrece ella del regalo de doscientos luises á su hermana enferma? Que dió recibo en presencia de tres criadas.

« Aunque parezca extraño, es verdad que tenia criadas en el seno de la pobreza; pero el recibo es tan fabuloso como el presente. Supongamos no obstante que se dieron esos doscientos luises; ¿quedará menos probado que la dama de la Motte vivió en la miseria hasta mediados del año 1784?»

Pero los hechos se van perfeccionando para ella hasta tal punto, que de repente recuerda que el cardenal la entregó mil ochocientas libras en agosto de 1782, nueve mil en diciembre, y siete mil en el mismo mes; en 1783 sesenta y tres mil quinientas libras, y por último, en 1784

en tres veces consecutivas, treinta y cuatro mil libras.

Las pruebas de lo contrario se hallan en las declaraciones escritas, donde consta que el cardenal no la ha entregado mas que seis mil doscientas cuarenta libras, y que sus consejos han sido el principal de sus recursos.

En presencia de estas contradicciones, la dama de la Motte tiene que negar su Memoria y su abogado.

Target, despues de haber establecido que madama de la Motte se vió reducida en el año 1784 á una indigencia visible, entra á trazar el boceto de la impostura. Pinta al adversario del cardenal de Rohan con un carácter artificioso y atrevido, y señala en su defendido una credulidad hija de un exceso de franqueza.

« Como todos los hombres, se halla dispuesto á creer lo que desea, y lo que deseaba con mas ardor era salir de la desgracia de la reina. Esta ambición le dominaba, y hé ahí en qué cimientos la dama de la Motte construía en proyecto, el edificio de su fortuna.»

De aquí esas fabulas esparcidas por todas partes, que violaban el profundo respeto debido á la régia majestad; de aquí ese crédito ofrecido en engañosas confidencias, esas falsificaciones y esas cartas enseñadas. Oliva, M. de la Porte, un religioso, Cagliostro, Grenier y Retaux de Villette lo declaran así ó convienen en ello. ¿Qué responde la dama de la Motte?

— Mienten todos los testigos, dice, y vuelve contra el cardenal lo que á ella la atribuyen.

« Lo que ella ha hecho lo achaca á otro. Acusa con su delito. Es una de las claves de su defensa. ¡Sistema de calumnia tan absurdo como abominable! ¿Cargará al cardenal con el interés que ella tenia? ¿Porqué le habria engañado y qué fruto habria sacado de su fraude? ¿Conciliará sus imputaciones con la confesion que se la ha escapado tantas veces de que el señor cardenal habia sido engañado? ¿Se eleva un solo testigo contra él? ¿No gritan todos contra ella?»

Target cuenta, segun la conocemos, la escena de los jardines de Versalles, que viene á coronar las lisonjeras esperanzas de aquel corazón crédulo.

« ¡Ejecrable impostura, exclama, qué de males has hecho! Y ese horror tan extraordinario y tan funesto está bien probado en la causa.»

Cuando el cardenal escribía por su propia mano la relacion, ¿podia prever entonces que al cabo de dos meses la declaración de Oliva daria la prueba? Y no es ella sola quien lo declara con peligro de acusarse á sí de indiscreción y de imprudencia: el baron de Planta, la criada encargada del disfraz, Retaux de Villette, producen otros tantos testimonios, lo que no impedira á la dama de la Motte responder que solo una vez por casualidad habia visto á Oliva. Es verdad que posteriormente, anonadada por un concierto unánime de pruebas, confiesa que ha mentido, que es cierta la escena de Versalles; pero aun entonces inventa otra mentira, afirmando que viendo que el cardenal despues de envanecerse falsamente con que disfrutaba del favor de la reina, hablaba falsamente tambien de que se habia oscurecido un poco el horizonte entre él y su soberana, ella prometió al cardenal hacerle obtener su perdón. Entonces tuvo lugar la escena de los jardines.

« Pero ¡qué absurdas y cuántas contradicciones! La dama de la Motte olvida que ella habia sostenido no haber hablado nunca de su crédito imaginario; y no ve que en este nuevo sistema el cardenal habria consentido en que para predisponer á la reina en su favor, le hiciesen palpables aquellas mentiras.

» En resumen, todo es falso, excepto las intrigas de la dama de la Motte, sus cartas falsificadas y la escena criminal que dispuso á fin de hacer caer al cardenal en el lazo. Que Oliva no haya recordado las expresiones precisas que el cardenal oyó en los jardines; que en la turbacion en que se hallaba temblando con la idea de que la reina estaba á su lado y la observaba, olvidase una parte de las palabras que pronunció; que la dama de la Motte se reservara para sí, con su astucia ordinaria una doble ventaja, la de dar á Oliva instrucciones incompatibles con el papel que queria hacerla representar, y la de impedirle al propio tiempo que las siguiera, introduciendo el desorden en el alma de la actriz; que así se asegurase el medio de producir la ilusión que proyectaba, y de tener sin embargo circunstancias que oponer al proyecto cuando pudieran echarse en cara; que Oliva añada algunos hechos que el cardenal no haya podido notar, todo esto no destruye en lo mas mínimo las pruebas del fraude.»

(Se continuará.)

Expedición á Méjico.

El autor de los dibujos que publicamos escribe lo siguiente en Méjico con fecha 10 de noviembre:

El 2 de octubre doscientos mejicanos detuvieron el tren del ferro-carril que marchaba á la Soledad; la escolta de este tren solo se componia de doce soldados egipcios que se defendieron como leones contra aquella numerosa partida, que se dispersó al cabo de un vivo combate en el que perecieron tres oficiales franceses. Varias personas que no eran del ejército, y que se hallaban en el tren, salieron heridas, algunas de ellas de gravedad. El 7 del mismo mes tuvo lugar otra tentativa semejante contra otro tren, y en la tarde del mismo dia los mejicanos llegaron hasta un arrabal de Veracruz donde atacaron una casa. El 8 hicieron fuego á

una partida de treinta y tres soldados franceses, y los mataron sin que pudiera salvarse uno solo. En fin, todos los dias se aproximan á las inmediaciones de Veracruz, que tienen casi cercada, y cuyo abastecimiento contrarian mucho.

Estas partidas han bajado de las tierras frias desde que el calor ha disminuido en las regiones bajas, y comienzan á inspirar serias inquietudes por su número y su audacia.

En Minatitlan, en Alvarado, en Tampico y hasta en Méjico, hay que señalar sucesos análogos. El horror que les inspira la idea de un emperador austriaco, ha hecho que por todas partes vuelvan á tomar las armas los guerrilleros, que las habian dejado despues de la toma de Puebla y Méjico. Hoy estos guerrilleros están mandados por oficiales de la tropa regular, que les someten á cierta disciplina militar, lo que les hace aun mas temibles.

Se esperan con impaciencia los actos del nuevo jefe político y militar, el general Bazaine. Ya ha principiado por prohibir al periódico francés *l'Estafette*, de Méjico, que continúe sus ataques virulentos y á veces calumniosos contra Juárez y algunos miembros de su gobierno. Estas premisas conciliadoras son de buen agüero.

El Desierto.

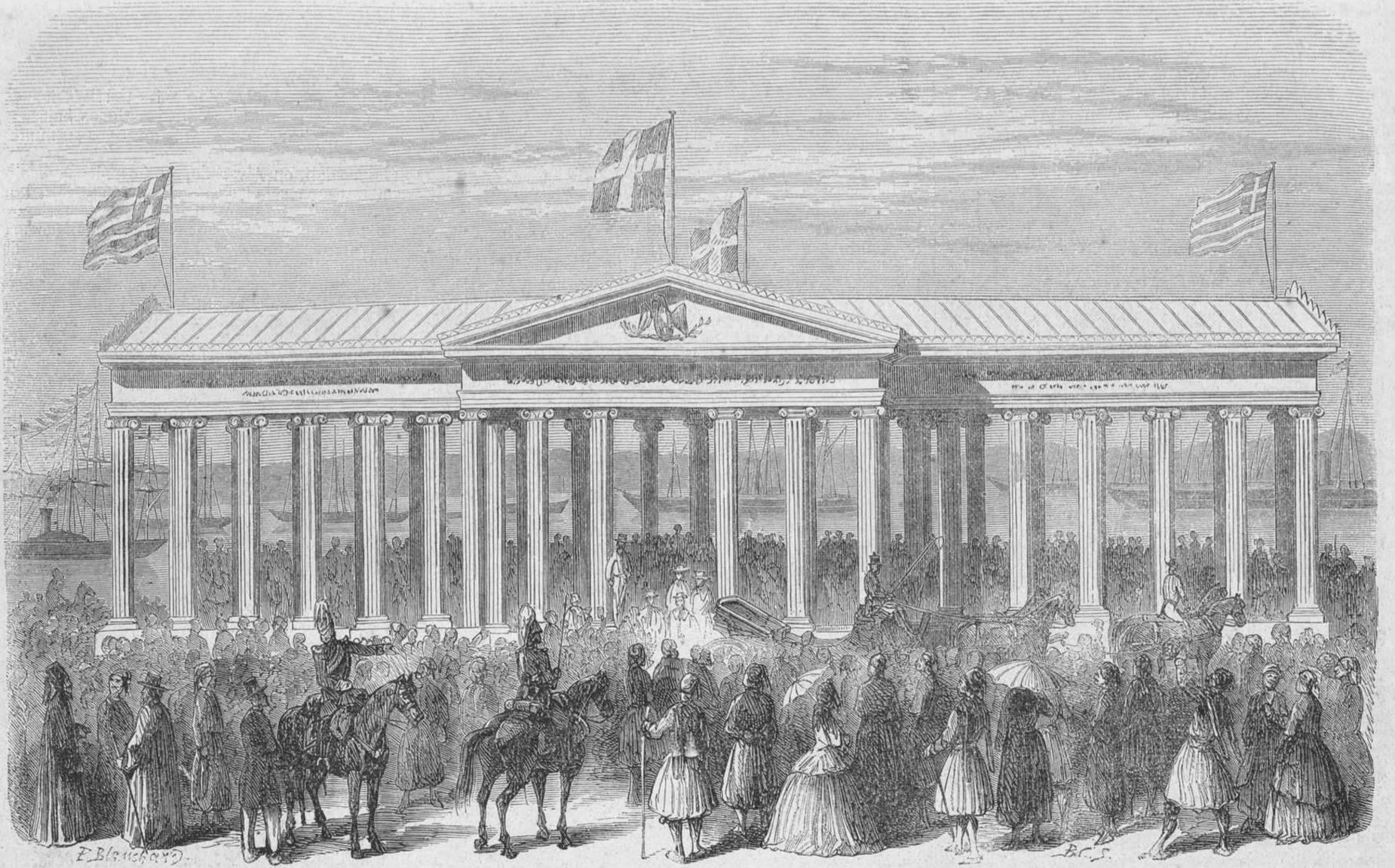
Hé aquí un dibujo que representa uno de los sitios mas pintorescos de las cercanías de Méjico: este lugar se llama el Desierto, y justifica perfectamente su nombre. Se llega á él por un buen camino, al través del cual aparece la antigua selva de Chapultepec, dominada por el castillo que mandó edificar el virey Galvez. Un poco mas lejos á la izquierda, se extiende la población de Tacubaya, rodeada de casas de recreo, y mas lejos aun están las aldeas de San Angel y San Agustín.

Cuajimalpa, á siete horas de Méjico, se encuentra á tanta altura sobre el valle, que el frío es allí muy vivo en el invierno; pero en la primavera y el otoño, su clima es de los mas deliciosos. La población no es muy grande; sin embargo, el viajero puede recobrar fuerzas en una modesta posada. Justamente á la derecha de este parador hay un cerro cubierto de verdura por el cual serpentea un sendero de atajo que subiendo y bajando conduce al fin, despues de muchos rodeos y costeando un inmenso precipicio, al verdadero camino del Desierto. Este camino está practicado en medio de una selva virgen que se atraviesa largo tiempo bajo la sombría bóveda de pinos y encinas gigantescos. El caminante, que al pensar que se aleja de los lugares habitados, echa una mirada atrás en señal de despedida á la gran ciudad, descubre un panorama grandioso: es el vasto valle de Méjico con sus plateadas lagunas, su conjunto de palacios, sus verdes cortinajes de álamos blancos y sus altos montes, todo envuelto en una nube brillante de oro y bañado en una suave atmósfera cargada de los colores mas brillantes del prisma, desde el azul mas oscuro hasta el mas claro. Con el alma conmovida, es preciso detenerse entonces á contemplar tan mágico panorama.

Lo que llaman generalmente el *Desierto*, es un pequeño llano situado en medio de las montañas, y en el cual se encuentran las ruinas de un convento de carmelitas. Este magnífico y vasto edificio llamado Carmen, debe haber costado sumas fabulosas, si se piensa que los materiales que sirvieron para su construcción debieron ser transportados con mil dificultades á la cumbre de esas montañas. El aspecto de estas ruinas en medio de escenas tan bellas y grandiosas, despierta sensaciones mas fáciles de sentir que de describir. Las torrecillas, las cúpulas de las capillas y las bóvedas se hallan todavía bien conservadas; pero en medio de las celdas sin techumbre han surgido pinos corpulentos; mil plantas parasitas cubren con su verdura las molduras y las cornisas, y sus raíces se han ido incrustando, digámoslo así, en las rendijas de las ventanas y de las puertas. Mucho hay que trabajar en combatir la espesura, si se quiere entrar en este convento; pero una vez en las ruinas, se descubre su inmensidad y la solidez de su construcción. El refectorio, las celdas, los claustros, las huertas, la enfermería, la casa de noviciado, todo se halla en el peor estado; los subterráneos estan hechos de fabrica y divididos en calabozos en los que apenas cabe una persona: ¡triste cárcel! La humedad chorrea al través de los muros; el aire es escaso y pesado; á cada instante se cree oír el ruido de los grillos, y se figura uno que pasan ante sus ojos pálidos fantasmas. Bajo estos calabozos que hielan de terror, existen otras bóvedas que segun dicen, son aun mas sombrías y terribles.

Desde la cúpula principal de la iglesia se descubre un punto de vista asombroso. En el fondo y á los lados hay montes cubiertos de pinares, bajo cuya enramada no penetran jamás los rayos del sol; enfrente solo se ve la parte mas distante, mas estéril y triste del valle, cubierta por los pantanos de las lagunas de Tezcoco y de Chalco. Diríase ha querido la casualidad que no se distinguiera de ese retiro, verdadero monte Carmelo mejicano, mas que un horizonte desolado y medio cubierto por la bruma. ¡Muy majestuoso y poético debía ser, en medio de una noche tempestuosa, el oír el tañido lúgubre de las campanas, y el ver relucir por las ventanas góticas la luz vacilante de los cirios!...

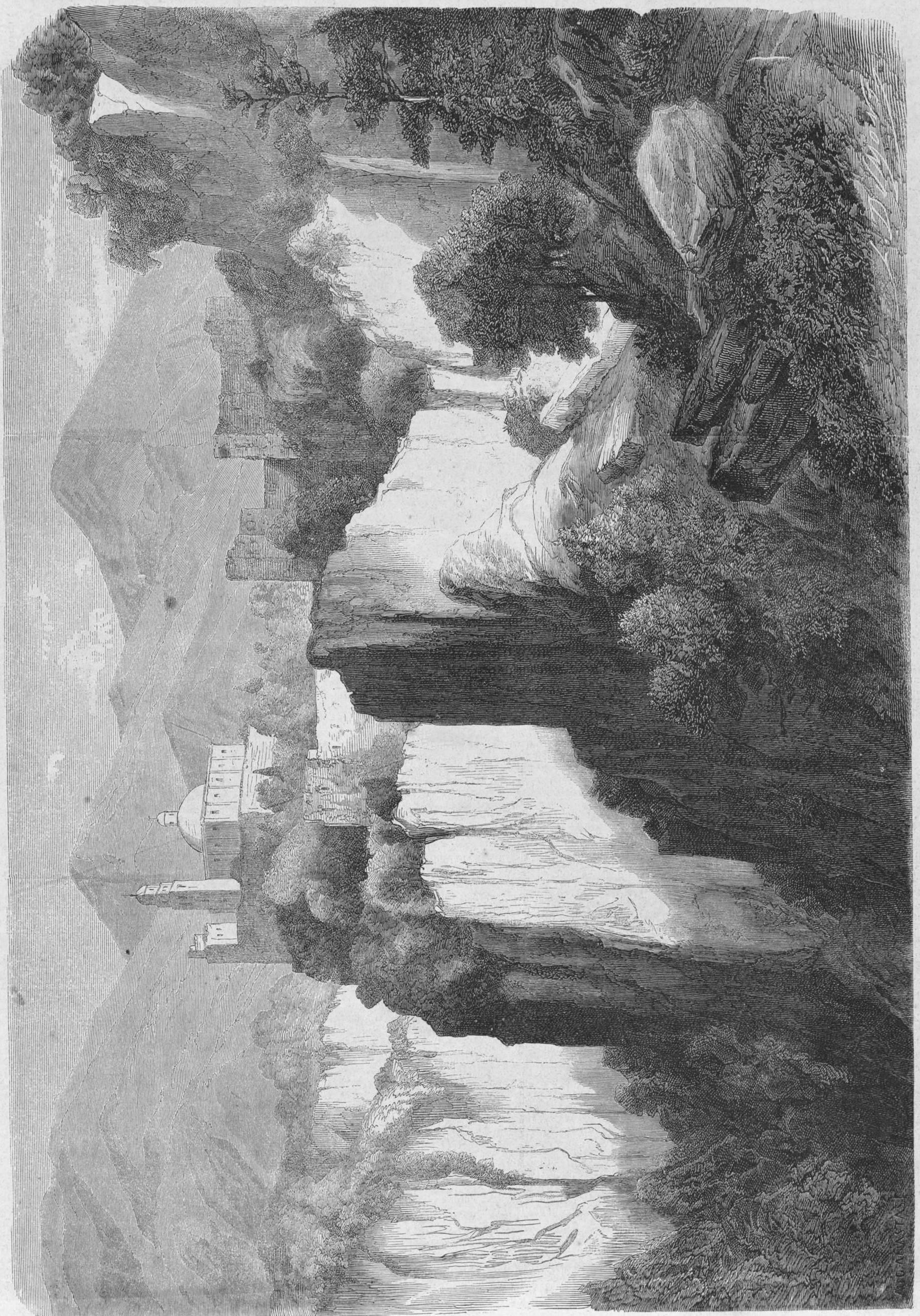
Actualmente, allí donde todo vivía, no hay mas que



GRECIA. — Recepcion de S. M. el rey de los helenos en el Pireo.



MEJICO. — Los guerrilleros atacando un tren en el ferro-carril de Veracruz.



El Desierto, cerca de Méjico. — Ruinas del convento del Cármen.

silencio y soledad; las aves nocturnas han establecido su morada entre las hermosas columnas; las celdas están pobladas de insectos, y asquerosas culebras se deslizan por los largos corredores del monasterio. Tal es el fin de las cosas humanas: ¡abandono, soledad y ruina!

A. M. DE H.

Revista de Paris.

Las últimas carreras de caballos de la temporada de otoño han tenido lugar en la Marche con bastante afluencia de gente, formada en su mayor parte de verdaderos aficionados. Al fin de este número consagramos un recuerdo á esta función de despedida, que ha sido bien pobre por cierto en peripecias interesantes. Otros cuidados que los de las fiestas al aire libre ocupan en el día á los parisienses. El carnaval vendrá pronto esta vez, y por lo tanto hay necesidad de despacharse á organizar los bailes de máscara. Strauss, el célebre director de orquesta, nos anuncia que el carnaval de 1864 se celebrará en la Opera con once bailes, de los cuales el primero tendrá efecto en la noche del 12 de este mes de diciembre. Ya Paris está oyendo con este anuncio como un ruido de orquesta que convida á la mazurka y á la polka.

Entre tanto los salones continúan cerrados todavía, esperando que la corte imperial regrese de Compiègne, y desgraciadamente varios de los principales no se abrirán en toda la temporada. Las crónicas aristocráticas señalan ya estos vacíos que se notarán en las fiestas del invierno; pero sin embargo, aun quedarán bastantes para satisfacer la pasión al baile que devora á los parisienses durante tres meses del año. No creemos exagerar al calificar de pasión este placer mundano. Hé aquí un hecho, que aunque se haya contado como una excepción, prueba de un modo concluyente cuán arraigada está en muchas personas esa afición á presentarse en los salones.

Un hombre de alta posición social velaba á la cabecera de su hija enferma con la inquietud y la turbación en el alma, mientras su señora, invitada para una soirée, hacia sus preparativos de tocado.

- Amiga mia, la dijo el marido, no puedes ir á ese baile.
- No haré mas que entrar y salir.
- Imposible.
- Lo he prometido.
- Faltarás á tu promesa; nuestra hija está enferma de cuidado, y no quiero que te ausentes.
- El médico ha dicho que iba mejor...
- Muy bien; si sales de aquí, te advierto que no volverás á entrar.

La desdichada salió; la pasión del baile había sofocado en ella el sentimiento de todos sus deberes de madre y de esposa. Ahora bien; á su regreso encontró las puertas cerradas, y la justicia, sancionando este acto terrible de autoridad conyugal por un acto de separación, juzgó que una madre que en ciertos casos abandona á su hijo, pierde para siempre sus derechos.

Aventuras de esta especie, aumentadas al capítulo de las seducciones, hacen que en Paris haya tomado tan vastas proporciones ese «medio-mundo», según la pintoresca expresión de Alejandro Dumas. Un moralista fogoso y sarcástico, M. Weill, acaba de publicar una obrita interesante en que analiza esa corrupción de las costumbres investigando sus causas. Nada mas palpitante que los dramas que cuenta, copiados en lo vivo de nuestra sociedad, donde se diría que todos los triunfos se reservan al escándalo. El lujo de esas mujeres y la imbecilidad de los jóvenes que forman su corte, le han dado margen tambien para bosquejar bonitos cuadros.

«Lo que he visto, dice, en las carreras de caballos y en el bosque de Boulogne, no son ya cien mujeres dándose tono en brillantes carruajes, con lacayos y cocheros empolvados; lo que he visto son muchos hombres, varios de ellos con títulos aristocráticos, jóvenes, guapos, elegantes y con millones de fortuna, apresurándose á porfía, sombrero en mano, para hacer la corte á las tales mujeres, de las que mendigan un apretón de mano ó una sonrisa... No he visto que se haya prohibido á esas damas el asistir á las fiestas y á las carreras; hasta me han dicho que las carreras se han inventado para ellas, que en el fondo no tienen otro objeto. No he visto que las hayan prohibido el bosque de Boulogne, los Campos Elíseos, la Marche y Vincennes. En el gran teatro de la Opera no he visto á un comisario de policía mandarlas salir de los palcos principales que ocupaban... En fin, no he visto que esas mujeres fuesen tratadas de otro modo que las señoras.

«¿Cuál es pues el privilegio social de la virtud? Ninguno de nuestros jóvenes á la moda se quita el sombrero en una tienda llena de honradas trabajadoras, sino que se plantan allí como ganapanes; pero que aparezca una loretta detrás de la cortinilla de su cupé, y ese mismo joven, que no ha saludado al trabajo virtuoso, se quitará el sombrero como un lacayo, y se tendrá por muy feliz si la dama se digna aceptar la expresión de sus homenajes.»

Segun M. Weill, el «loretismo», como él le llama, nos inunda por todas partes, y nadie en Paris se atreverá á contradecirle. Los ataques que dirige al monstruo son tan fuertes como merecidos; pero al lado de esas salidas justas y furiosas, exponen pensamientos que se leen con delicia.

- Citaremos estos cuatro:
- «No hay felicidad verdadera sino aquella que se da.»
- «El amor es la felicidad divina de dar la felicidad.»
- «La sociedad entera descansa en la virtud de la mujer.»
- «Toda joven soltera tiene, bajo pena de perecer, un derecho natural al matrimonio.»

Todo el libro está sembrado de pensamientos de esta especie. Nosotros haremos como este escritor: al lado del mal el bien; al lado del triste ejemplo de una madre que abandona á su hija en el lecho del dolor para correr á un baile, pondremos otros que rehabiliten los afectos paternales.

Dos son estas anécdotas que vamos á exponer á continuación, y entrambas reconocen por origen la afición á los placeres mundanos.

Un personaje de alta categoría entra una tarde con una niña de la mano en la modesta vivienda de un sacerdote amigo de la familia, pálido, descajado, y pintada en su rostro la expresión de una desesperación profunda.

— Vea Vd., exclama enseñando una carta arrugada, vea usted lo que he hallado en el cuarto de mi indigna esposa.... Ha huido con un infame.

El sacerdote reconoce la letra, y dando un beso á la criatura abandonada, murmura:

- ¡Pobre madre!
- ¡Cómo! ¿Se compadece Vd. de ella?
- Sí, amigo mio, porque á Vd. le queda esta niña; pero á ella no le quedan mas que sus remordimientos.

Y luego de repente, cediendo á un impulso de caridad cristiana, toma á la niña, se arroja en un coche y parte.

Una hora despues el sacerdote se detenia á la puerta de una casa de campo en las cercanías de Paris, adonde acababa de llegar otro carruaje en el mismo momento.

El ministro del perdón se apea con la preciosa niña rubia y rosada, y prevalido de su santa autoridad abre la portezuela del otro coche parvulo al frente de la casa, y exclama presentando á la inocente criatura:

- Señora, aquí tiene Vd. á su hija.
- La desdichada madre prorrumpe en sollozos y cae de rodillas medio desmayada; su corazón se dilata con sus lágrimas, y sin poder hablar estrecha á su hija con un arrebato delirante y la cubre de besos.

El sacerdote radiante de júbilo bendice, y habiendo reunido así tres seres que una hora iba á separar para siempre, se retira modesto, y humilde.

La segunda anécdota que han traído esta semana la mayor parte de los diarios de Paris, tiene por teatro una casa del aristocrático barrio de San German, donde vive una familia que dispone de cincuenta mil libras de renta, suma que constituía una riqueza en otros tiempos, y que hoy es muy escasa para satisfacer las vanidades modernas.

Por casualidad cayó en manos del marido una cuenta de modista que arrojaba un total exorbitante.

Como es de suponer, el marido se enfada.

— ¿Con mil francos mensuales, dice á su mitad, no tienes suficiente para tus gastos?

La esposa se defiende, llora, y la discusión se anima por momentos.

Pero hé aquí que entra un niño de cabellera dorada, y saltando al cuello de su madre, la dice:

- No llores, yo pagaré.
- El padre, cuyo enfado se calmaba á la vista de las lágrimas de su esposa, pregunta al niño:

- ¿Y cómo pagarás tú?
- Venderé mis dientes, responde con firmeza el pequeñuelo.
- El padre se echó á reír.
- ¿Y quién te los comprará?
- El dentista que me arrancó uno el otro día, y por el cual me dió veinte francos.

Todo se explica entonces; la madre había llevado á su hijo á casa del dentista, y como el niño se resistiera á sufrir la dolorosa operación de que se trataba, fué preciso comprarle un diente cariado á peso de oro, y el doctor le entregó veinte francos en virtud de la orden secreta que le había dado la madre.

Desde aquel momento la pobre criatura había creído que su boca encerraba una mina de oro.

Este incidente hizo que los esposos se reconciliaran cubriendo de besos á su hijo, y algunos minutos despues la cuenta de la modista estaba pagada.

El afán de figurar, ¿quién no lo sabe? da origen á muchas discusiones de este género, tristes dramas de la vida privada que hacen miserable la existencia á personas que sin ese prurito podían vivir en una paz inalterable. El lujo es la lepra de nuestra época. En Paris, cuando llega esta temporada de invierno tan fatal para las posiciones medianas, se hacen sacrificios inauditos por aparentar, por darse un tono que está siempre mas alto que los recursos de que se dispone. Y no se trata solo del vestir, de los convites, de las diversiones; es preciso que la moda lo invada todo, hasta el amueblado de la casa. Los muebles se renuevan sin estar usados, y solo por la circunstancia de que se estila otra cosa. A la vista tenemos las indicaciones sobre el mueblaje que la fashion ha decretado este año.

El cuarto de dormir, dice esta revista aristocrática, debe adornarse con mas lujo que nunca. La tela será seda ó raso estampado; y la cama, los sillones y la silla larga estarán almohadillados. El armario de espejo queda sustituido por una Psiquis de forma elegante, una pequeña cómoda antigua y un escritorio de señora hecho con maderas embutidas; un jarro del Japon formando jardinera sobre la cómoda, una guarnición de chimenea género rocaille, una luna de Venecia colocada enfrente de la Psiquis, una alfombra de Esmirna de colores en armonía con la tela elegida, y una piel de oso blanco á los pies de la cama, completarán el mueblaje. Y esto sin contar esos mil objetos como figurillas, medallones, etc., que son indispensables cuando se trata de amueblar una pieza elegantemente.

Para el salon se debe elegir un mueble de estilo Luis XIV cubierto de tapicería con colores de la época, esto es, un tanto indecisos, si no se prefiere el rico damasco de Lyon de matices vivos. El velador del centro se reemplazará con una mesita cuadrada. Las cortinas, semejantes al mueble, llevarán muy pocos adornos de pasamanería. Muchos almohadones, taburetes altos y bajos de tapicerías diversas, algunos cuadros, pocos, pero buenos; la madera del mueble no puede ser sino dorada: la guarnición de chimenea tambien de estilo Luis XIV; en los cuatro rincones del salon lámparas montadas en pié; una ancha consola dorada con jarrones de China, un bronce ó una copa cincelada; colgaduras en todas las puertas, y una araña de forma ligera y elegante, adecuada tambien al estilo adoptado.

Finalmente, para el comedor se ha señalado á la ebanistería

un papel mas importante. La caoba y el palisandro han sido destronados por la encina y el nogal; las sillas, mesas y aparadores deben ser esculpidos. Las colgaduras de paño con aplicaciones ó de reps adecuados á los cueros de Córdoba. En las paredes adornos de porcelanas antiguas, y una lámpara de acero con candelabros. El servicio de mesa debe ser blanco de porcelana lisa con cifras ó corona azul, encarnada ó oro, pues el dorado sobre porcelana no es de buen gusto.

Hé ahí los decretos de la moda.

Apenas se ha dicho que se va á plantear en Paris la libertad de teatros, cuando por todas partes surgen anuncios de empresas teatrales. Entre los prospectos que con tal motivo han llegado á nuestras manos hay uno tan notable, que no podemos menos de hacernos cargo aquí de su contenido. Su autor, M. Amadeo Rolland, solicita el concurso del público, de los capitalistas, de los escritores y de los cómicos, para la construcción de un teatro inmenso, un circo dramático, que intenta bautizar con el nombre de Teatro del Pueblo.

M. Amadeo Rolland considera sobre todo para el buen éxito de su plan, la baratura de las localidades; quiere un circo que contenga cuatro mil personas; depósitos de billetes en todos los barrios de Paris; puestos seguros sin el aumento que hoy se hace pagar tomándolos por la mañana en contaduría; la abolición de esa vergüenza que se llama «la cola;» un servicio de carruajes bien organizado; distribución de un programa gratuito; salon para fumar, etc., etc. A los capitalistas les ofrece un beneficio de 25 á 30 por 100 cada año; á los autores les promete garantías de toda clase para el cobro de sus derechos, y por último, á los cómicos les muestra en perspectiva una administración celosa de sus intereses y ocupada en hacer la suerte de todos. Las ventajas son tantas y tan comunes á las clases á quienes dirige su llamamiento M. Amadeo Rolland, que quizá las encuentren ilusorias, sobre todo los banqueros, sin los cuales la idea del gran teatro se irá al agua.

Y á propósito de teatros, concluiremos diciendo que la última semana no nos ha ofrecido novedad alguna. Las piezas de que hemos hablado ya á nuestros lectores continúan llamando la atención, y es probable que el público parisiense, recibe cada noche una prueba del señalado favor en que se tienen sus eminentes cualidades. Ha cantado el *Trovador* con una aceptación general, y eso que tenía que luchar con el recuerdo palpitante de Mario.

En los Italianos no hay otra novedad que la de haber salido en el *Barbero* la Borghi Mamo, artista muy estimada en Paris, y que por lo tanto ha sido oída con aplauso unánime. Fraschini, familiarizado ya con el público parisiense, recibe cada noche una prueba del señalado favor en que se tienen sus eminentes cualidades. Ha cantado el *Trovador* con una aceptación general, y eso que tenía que luchar con el recuerdo palpitante de Mario.

MARIANO URRABIETA.

Crítica literaria.

«LA MUERTE DE CESAR»

TRAGEDIA DE DON VENTURA DE LA VEGA.

I.

Quien haya hojeado el primer tomo de la *Antología Española*, habrá visto en una de sus páginas, y quizá despues de leer una preciosa composición titulada: *A orillas del Pusa*, las siguientes palabras: «Don Ventura de la Vega nació en Buenos Aires el 14 de julio de 1807. Fueron sus padres don Diego de la Vega y doña Dolores Cárdenas. Hizo sus primeros estudios en San Isidro de Madrid, pasando luego al colegio de San Mateo, dirigido por tan sabios maestros como don Alberto Lista y don José Gomez Hermsilla.»

Como se ve, don Ventura de la Vega nacido en Buenos Aires cuando aun no se había extinguido en esta ciudad el estruendo de los cañones que arrojaban de sus calles á los batallones ingleses, es nuestro hermano, no solo en la sangre española, sino tambien en la patria.

Ausente de su suelo natal desde muy pequeño, debe á España su educación literaria, y á su talento el puesto que ocupa en la patria de Isabel la Católica.

Don Ventura de la Vega ha obtenido en el pueblo de Cervantes, de Calderon y de Moratin, en el pueblo en que se mecía la cuna de fray Luis de Leon, de Juan de Mena y de Teresa de Jesus, todos los honores que podía soñar su mente acalorada de poeta.

En 1838 recibió la cruz de Carlos III.

«Es, dice Ferrer del Rio en el año 1846, secretario de S. M. con ejercicio de decretos; oficial de la secretaria de Estado; individuo de la Academia española; presidente de la seccion de declamación en el Liceo; maestro de literatura de la reina Isabel II y de su augusta hermana.»

«Figaro, dice el mismo, debe á Vega toda su nombradía.»

Este solo título bastaría para hacer célebre al autor de la *Agitación*, de la oda al *Entusiasmo*, del *Cantar de los cantares*, y sobre todo, de la gran comedia *el Hombre de mundo*, reputada una de las primeras, si no la mejor, del teatro moderno.

La primera parte, si así puede decirse, de la historia literaria de don Ventura de la Vega, la debe á sus excelentes traducciones del francés, de las cuales decia Larra: «Solo son comparables con las traducciones del señor Breton algunas de otro joven bien conocido: ya nuestros lectores habrán adivinado que hablamos del señor de Vega.» En otra parte agrega el gran crítico: «Que algunas de sus traducciones están tan bien hechas, que puede llamárselas casi originales.»

Don Ventura de la Vega es no solo un gran poeta lirico y un excelente dramaturgo: es tambien un no-

table actor. Así lo dice uno de sus mejores biógrafos, que lo llama uno de los primeros actores de España.

Como no es nuestro ánimo escribir la biografía del señor Vega (para lo cual tenemos material suficiente), no extrañarán nuestros lectores que esta parte de nuestro artículo sea tan débil. Hemos querido antes de entrar a juzgar uno de sus más notables trabajos, hacer conocer ligeramente a los que nos lean, quién es ese compatriota que escribe comedias como *el Hombre de mundo*.

Antes de cerrar estas líneas, copiaremos algunas palabras de Ochoa en su colección de comedias del teatro antiguo y moderno.

«Don Ventura de la Vega, dice, no ha escrito más producciones originales que el drama histórico *Don Fernando de Antequera* y la comedia de costumbres *el Hombre de mundo*. Hace algunos años tuvimos el gusto de oírle leer dos cuadros de un drama titulado *Cervantes*, y el primer acto de una tragedia igualmente inédita titulada *Julio César*.» Y agrega: «Hace tiempo que hemos perdido la esperanza de verlas en escena: creemos que seguirán encerradas largos años todavía en el pupitre de su autor, juntamente con el argumento, plan y algunas escenas de una comedia que promete ser interesante: *la Mujer de mundo*.»

Felizmente el señor de la Vega ha desmentido la triste profecía del señor Ochoa, que confiaba poco en su actividad, contrariada por su decidida inclinación a la pereza, que lo ha llevado hasta privarle en cierta ocasión de ocupar un puesto importante en la legación de París, por no levantarse temprano.

Don Ventura de la Vega, fatigado sin duda de recoger paulatinamente hojas de laurel para su corona literaria con producciones del género de *Jugar con fuego*, ha trabajado lentamente el monumento sobre el cual va a levantarse a la admiración de la posteridad. Después de muchos años, de lenta labor ha acopiado para sí un haz de laureles, cuyo peso abrumará su cuerpo.

Ya puede sentarse a descansar aquel que tanto amor tiene al dulce *far niente*, de la fatiga que le produzca esa carga. Aun más: ya tiene derecho a colgar su bien templada lira, pues su último canto vale por todos los que salidos hasta ahora de sus labios, han conmovido al Parnaso español.

Así se lo han dicho los marqueses de Molins, en cuya casa leyó su trabajo en la pasada *Nochebuena*, en una preciosa carta que le dirigieron al siguiente día de la lectura de su gran tragedia: así lo han repetido los primeros literatos de España presentes a aquel acto, y los soberanos reinantes en cuya real cámara les hizo conocer el aplaudido autor su magnífica concepción.

La ancha frente y los ojos fulgurantes de don Ventura de la Vega brillan desde hoy con más viva luz.

La admiración universal que le ha conquistado su último trabajo, es el timbre más precioso que pueden ambicionar los que siguen las huellas de Lope de Vega y de Moreto.

Ahora permítanos el señor Vega el entrar a examinar su trabajo, para depositar una modesta flor en su corona de laurel. No la arroje al suelo con desprecio, porque aunque humilde, es una flor de la patria.

A dos mil leguas del suelo que nos vio nacer, el señor Vega sabe bien que una hoja del árbol que sombreó la tierra natal, es una prenda de amor y de recuerdo.

Abrigando esta convicción, nos atrevemos a ocuparnos de examinar su aplaudida tragedia.

II.

Es el progreso condición y ley irresistible, propiedad y destino de la especie humana. Si el derecho en su acepción más abstracta ha de tener una fórmula expresada en la constitución de las sociedades y en la fisonomía de las soberanías nacionales, dado el grave obstáculo, que será un misterio, siempre que no sea un dogma, en que las primitivas tropezaron, era indispensable la formación gradual en que ha consumido la humanidad más de cincuenta siglos, y cuyo término llegará en época infalible, pero acaso muy remota. La adivina el sentimiento en sus vehemencias, pero es imposible a la razón práctica asignarle período cierto, y asegurar el día y la hora en que verá el mundo el triunfo definitivo del derecho universal.

Todas las injusticias han pesado sobre los pueblos: el mundo ha vagado de error en error, asiéndose al que le parecía más firme, cayendo en la desesperación en pos de los desengaños; pero una gran palabra que debió resucitar los buenos sentimientos amortiguados, las buenas ideas corrompidas, exigía que el mundo, revolviéndose, le abriera fáciles vías de propagación. Tal fué el servicio prestado al mundo por el imperio romano, que dilatando la lengua del Lacio, trajo la unidad de civilización y agrupó todas las razas, que escucharon la voz de los apóstoles. Para esto era preciso, si puede decirse así, echar a Roma fuera de sí misma; suplir una tiranía por otra; quitar a la ciudad sus prerrogativas despóticas, y juntar en un gobierno, en una fórmula ancha el universo conquistado; extender la atmósfera política y hacerla capaz de encerrar todos los elementos de la que fué la más vasta de las nacionalidades. La historia exigía con su imperativo sin réplica, el gobierno general, y siendo imposible el gobierno del derecho, porque cada siglo tiene que dar lo suyo, fué imprescindible recurrir al único que podía resultar del principio que mantenía aquella unión: la fuerza tiene que producir el gobierno militar; la conquista tuvo que

dar el imperio. Solo él pudo aunar tan encontrados elementos y amalgamar entidades tan repulsivas: y no que dudemos de la eternidad de la justicia, sino que faltaban las condiciones más esenciales de la verdad política en aquellas dos grandes secciones del imperio: los que venían amarrados al banquete y los que lo preparaban para humillar al resto del mundo; faltaba la educación en el vencido y la virtud en el vencedor: solo la fuerza reinaba. Como una montaña oprimía al vencido, como una pasión al vencedor; y el aliento entrecortado del universo no era por cierto el aliento vigoroso que se alimenta y se nutre en las regiones claras y en las esferas despejadas de la libertad. Esta situación se encarnó en Pompeyo y después en César, que echó sobre el mundo una espada que pesaba como el destino ciego; y hundido el asiento de las sociedades contemporáneas, los hombres cayeron tumultuosamente unos sobre otros bajo la planta del gigante.

Producto la moderna civilización europea de la alianza entre los gérmenes subsistentes a la caída del imperio y los que la invasión importó, al investigar la progresión hereditaria de esos gérmenes robustos, tenemos que bendecir la mano que dió unidad al imperio romano, y más si reconocemos cómo casi paso a paso han recorrido las naciones de la Europa, nuestra madre, la misma *via crucis* que el mundo antiguo. Es la nobleza engendro del patriciado; son las comunes hijas de la república; el absolutismo del cesarismo, y en el señorío feudal no podemos menos de reconocer las trazas de un nefando consorcio de las tradiciones romanas con el despótico individualismo de los barbaros.

En medio de las desgracias que tan multiplicadas instituciones han producido, el ojo observador reconoce sin gran trabajo los beneficios resultantes de ellos. Todos han contribuido en algo al desenvolvimiento gradual de la civilización, y hemos de ver, cuando grandes crímenes no hagan al hombre indigno de recibir de la historia otra cosa que su maldición, en las grandes personalidades que descuellan en el tumulto de los siglos, los ministros de una voluntad secreta, los apóstoles de un pensamiento, que flota sobre todas las cabezas producido por la situación del mundo. Tal es Napoleón en la historia contemporánea, tal fué Carlomagno, tal fué Francisco I, tal fue Arun-al-Raschid y tal fué por fin Julio César, dictador de Roma.

Cuando los siglos han puesto tantas tumbas de por medio entre el célebre guerrero y los hombres de nuestra edad, olvidanse las pasiones, y es dado considerar con ánimo desprevencido los beneficios reportados con su persona y sus ideas. El imperio, cuyos beneficios son de universal convicción, necesitaba un carácter seriamente definido; y corrompida Roma desde los tiempos de Mario y de Sila, ignorantes del derecho los pueblos conquistados, solo era posible el gobierno militar, y solo la dictadura, solo el imperio, podían acentuar los rasgos de aquella fisonomía política. Esa era la obra de César, obra necesaria, obra indispensable, en que el guerrero de las Galias obraba por un impulso cuyo resorte no conocía, y que no era otro que las necesidades contemporáneas y las ideas que surgían omnipotentes del volcán de los hechos, como una montaña, que no hay fuerza capaz de contener.

Así, la revolución que dió en tierra con su poder y su persona, no fué parte más que a retardar por breves instantes el poder absoluto que desbordaba el siglo, y que sofocado en César renació en Augusto, después de hacer más evidente aun su necesidad en la tremenda época del segundo triunvirato. De aquí la inutilidad de la conspiración de Bruto, inspirado en un celo extraviado, porque la voz de Marco Antonio anunció a las tumbas y a los vivos, que había llegado la hora suprema de las libertades romanas, dado que nadie se acordó jamás en Roma de los derechos humanos.

¿Cuál era si no la libertad por que moría Catón en Utica, la libertad por que conspiraba Casio y que armó a Marco Bruto con el puñal que clavó en medio del Senado romano en las entrañas de Julio César? Era la libertad aristocrática, era el privilegio de la ciudad, era la tiranía de Roma en vez de la de César, tiranía cien veces más peligrosa y que habría hecho imposible el régimen del colosal imperio, cuya única misión parece que fué preparar los gérmenes de la civilización moderna, sin conseguir jamás saborear tranquila y dulcemente sus frutos.

El señor Vega ha comprendido así la época, y su tragedia está dominada del mismo pensamiento histórico, que se ha propuesto enseñar en los cuadros animados del teatro. Hallada esta vena y conocidos los talentos del señor Vega, no era difícil presumir que el autor de *el Hombre de mundo*, al calzar el coturno, había de ceñir nuevos laureles y entonar con vigoroso acento la solemne poesía de la epopeya dramática.

La empresa del señor Vega por todos títulos es digna de la general gratitud, que no poco merece el levantar con brazo pujante la noble tragedia del polvo de la ingratitud. Los sacudimientos del siglo XII, favoreciendo la fuerza expansiva de los pueblos de Europa, revisitaron con nuevo brillo las ciencias y las letras, y heredera la escuela clásica de las buenas tradiciones de las musas helénica y latina, comenzó el progreso decisivo y salvador del renacimiento con el brillo de los ingenios europeos; pero nunca fué abandonado y repellido del centro del buen gusto lo que se nos ocurre llamar epopeya dramática: la resurrección momentánea hecha por el poderío del genio de las grandes figuras que se levantaron por el heroísmo, las virtudes ó los crímenes.

El teatro llena una misión elevada enseñando por el

sentimiento ó por el ridículo el desarrollo de las pasiones humanas, las máximas de la virtud y la reforma de las costumbres; pero el mundo ha entendido siempre que no hay inconveniente en que ofrezca en ejemplo a la posteridad, ó los grandes momentos de la historia ó el carácter de los seres dotados de una fuerza personal capaz de dominar su época. No es otro el objeto de la tragedia, y fuerza es que los que se encuentran colocados a una altura en que no necesitan los efímeros aplausos del momento, sigan el consejo de Labruyere, y fija la vista en la posteridad, vuelvan el género trágico a su primitivo esplendor.

El teatro enseña doctrinas é imprime sentimientos con mágico poder: porque la representación de las ideas ó los afectos, cuando poeta y actor son capaces de darse la mano al pie del Helicon, domina, fascina y obliga a recibir las impresiones concebidas por el genio. ¿Porqué no aprovechar influencia tan favorable, explotándola en el conocimiento sintético de ciertos rasgos fisonómicos de las sociedades humanas, ó de las grandes crisis por que ha pasado una ó otra nacionalidad? Enseñar la historia patria es convencer el patriotismo. ¿Porqué no aprovechará el poeta la noche en que un pueblo, febriciente de entusiasmo, se identifica con sus ideas y está dispuesto a recibir todo lo que viene de su mano, para arraigarlo bajo el cielo que le da luz? Cuando oye con agrado la reconvención de sus extravíos, la crítica de sus costumbres ó el ridículo de sus extravagancias, ¿no recibiría con indisputable provecho esas lecciones de patriotismo que se beben en el estudio de la historia?

El hombre, por otra parte, suspicaz desde que nace, necesita ser reconciliado con la humanidad, y sobre todo con su época. Tampoco hay fuente más pura de sentimientos análogos que el conocimiento de esa raza su hermana de origen y de infortunios, de objeto, de méritos y de gloria. ¿Porqué también no deberá el poeta, que lo fascina, grabárselos en el corazón, en esos instantes, ninguno más a propósito, en que se ha hecho dueño de su corazón? Cuando el genio ha conseguido que todos lloren lo que él llora, y se entusiasmen con lo que exalta sus sentimientos, ha establecido una misteriosa solidaridad de afectos, y ha incorporado a sus ideas el pensamiento uniforme de las masas. Cuando el alma se ha abierto a la sensibilidad, a nada se niega. Haced que los ojos del tirano se humedezcan: haced que su corazón se someta a una emoción delicada, y corto trabajo os costará mellar su cuchilla y desarmar su brazo. Así, sin duda alguna, comprendía Quintana esta verdad, que presentó en la escena con Hormesinda. Noble tarea es la que se impone el poeta cuando aprovecha coyuntura tan favorable, y excitando las buenas pasiones del alma, obliga a las muchedumbres a aceptar los dos sentimientos que en la vida práctica emanan más directamente de Dios: el amor a la patria y el amor al hombre.

Amad vuestra patria, que es noble, y su historia rica y fecunda, dice el poeta, poniendo en movimiento las tumbas. Amad la humanidad, que en todas las épocas ha abrigado generosidad y fecundado elevados pensamientos, dice, presentándole los siglos encarnados y los hechos agrupados en la síntesis histórica. Amad, por fin, vuestra época, poniendo delante de sus ojos el cuadro analítico de las pasiones siempre en lucha con la conciencia y la razón; de la mentira moral atajando con incurable persistencia el paso de la justicia vencedora; porque mostrando la suerte de los pasados siglos y penetrándola, aprendemos a bendecir el lote que ha cabido al nuestro.

No es otro, repetimos, el objeto, el santo objeto de la tragedia. Es la vida dramática, penetrada, envuelta, robustecida por la solemnidad de la historia y la majestad de la epopeya. Arrancad a Esquilo la animación, a Homero el estro divino que agitaba el alma de la Grecia, a Jenofonte y Tucídides el profundo sentimiento histórico, a Plutarco el secreto de las pasiones y de los grandes caracteres; evocad el genio, y de esos elementos fundidos y amalgamados, brotan como por encanto los Corneille y los Racine: brota la tragedia. Fundid el espíritu de Calderón, el genio patriótico é investigador de Pelayo y el Silense con la suprema inspiración de Yuvenco: tenéis a Quintana. ¿Porqué la majestuosa tragedia está proscrita aun?... ¿Porqué rechaza el teatro contemporáneo el brillante apostolado de la historia y de la biografía filosófica? ¿Acaso la sociedad moderna es solo susceptible de aquellas emociones que nos agitan dulcemente, y que nos conmueven alegrándonos con el admirable *Tanto por ciento*, con la *Cruz del matrimonio*, con el *Estudio del natural*?

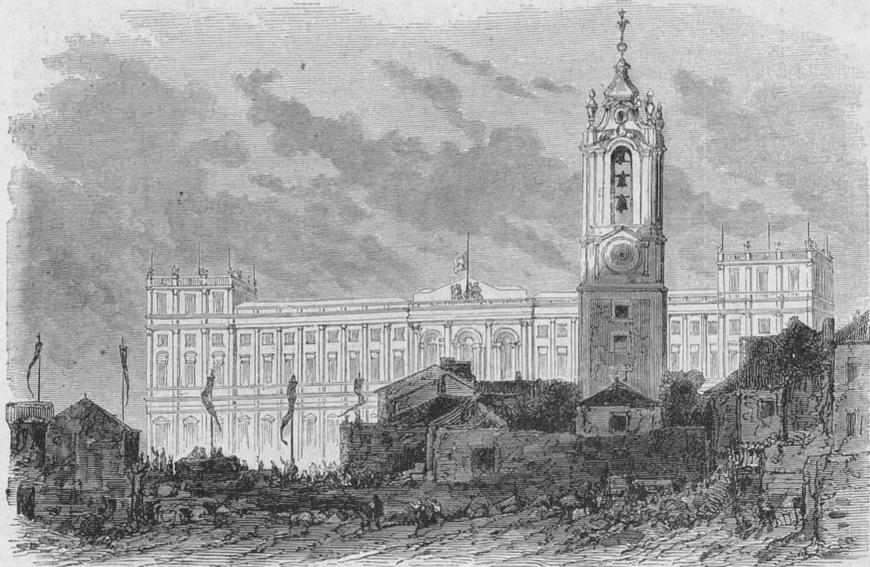
S. ESTRADA. — JOSE M. ESTRADA.

(Se continuará.)

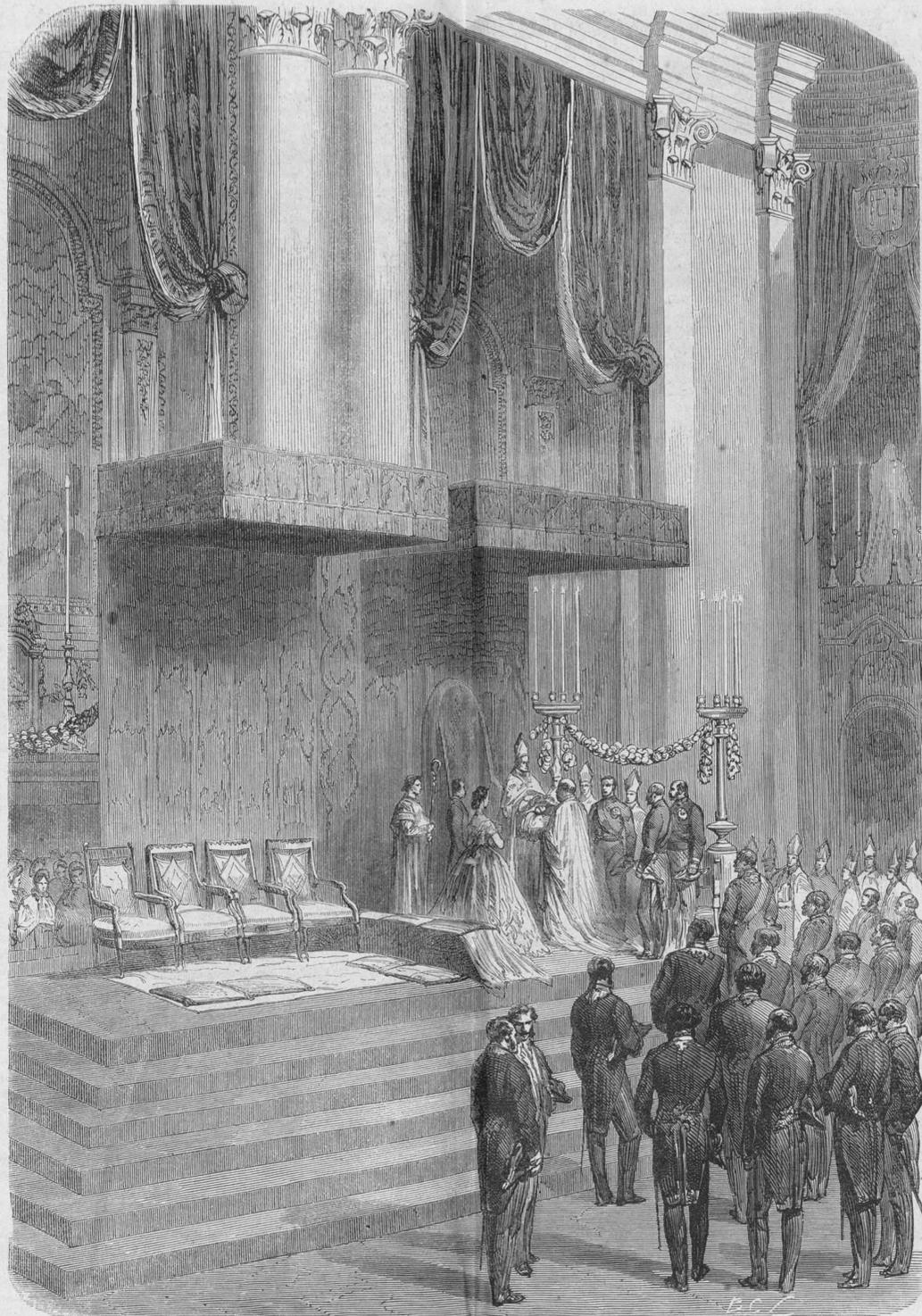
Bautizo del príncipe real de Portugal.

La joven reina de Portugal, hermana de la princesa Maria Clotilde Napoleon, dió a luz, en setiembre último, un hijo que es el primero de su matrimonio con Don Luis I, y heredero de la corona. Este fausto suceso ha sido acogido con grande alegría en la nación portuguesa, y principalmente en Lisboa. El día en que fué bautizado el joven príncipe, fué un día de entusiasmo y de fiesta nacional.

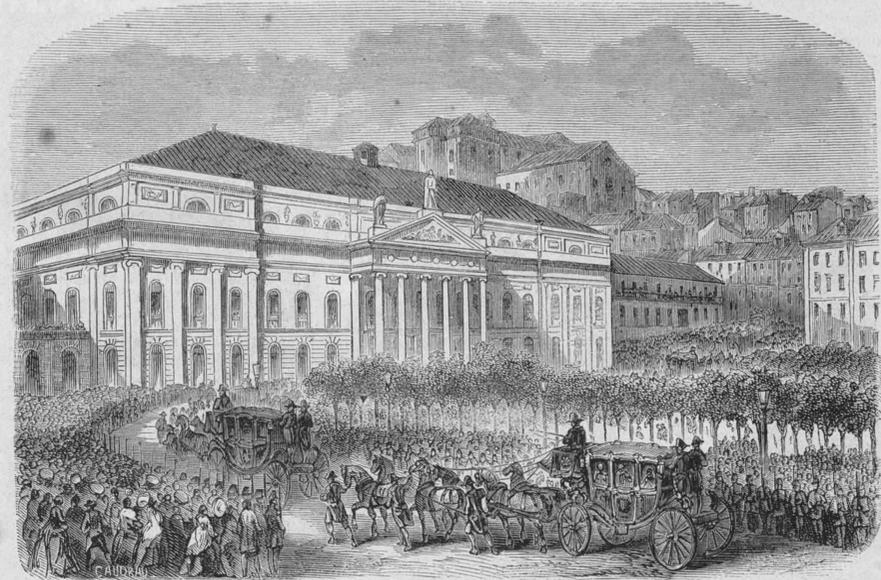
El padrino era el rey Don Fernando, padre del rey actual, y la madrina la princesa Maria Clotilde. Los



Palacio de Ajuda, residencia de S. M. el rey de Portugal.



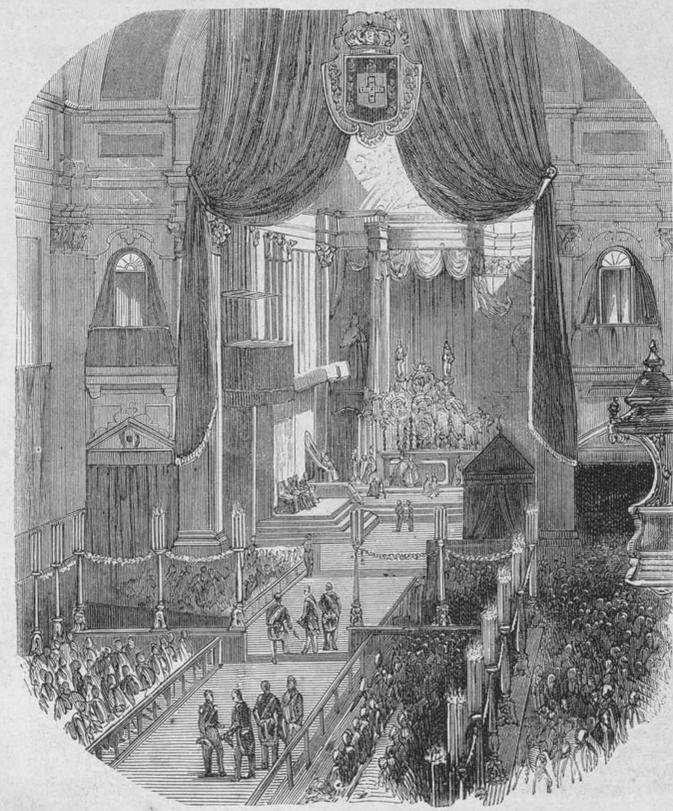
Ceremonia del bautizo en la iglesia de Santo Domingo.



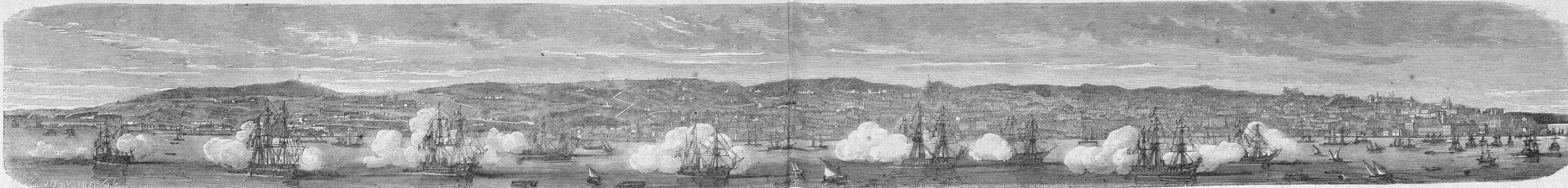
El cortejo pasando por la plaza de Don Pedro, al frente del teatro de Doña María II.



Llegada del cortejo á la iglesia de Santo Domingo.



Aspecto interior de la iglesia de Santo Domingo durante la ceremonia.



BAUTIZO DEL PRINCIPE REAL DE PORTUGAL. — La escuadrilla italiana haciendo salvas durante la ceremonia.

principes Humberto y Amadeo habian acudido de Turin a bordo de un buque de la marina italiana para felicitar á su hermana y para asistir á la ceremonia. El jóven príncipe fué llevado á la iglesia catedral de Santo Domingo con mucha pompa, y le bautizó el arzobispo de Lisboa.

Todo el clero de la capital, los altos cuerpos del Estado, el cuerpo diplomático y numerosas diputaciones de la magistratura, la marina y el ejército, asistieron al bautizo. P. P.

París y Londres en 1793.

NOVELA ESCRITA EN INGLES POR CARLOS DICKENS.

(Continuacion.)

M. Stryver presenta los testigos en pro del acusado.

Ferry, despues de oír sus declaraciones, se ve obligado á sufrir la réplica del fiscal, que volviendo al revés la casaca que el defensor habia cortado á los jurados, prueba que Barrat y Roger Cly son infinitamente mas honrados, y el acusado cien veces mas pérfido de lo que habia creído en un principio.

Finalmente, el juez toma la casaca que enseña por el paño y por el forro, y le da decididamente el corte que debe tener, haciendo de ella un sudario destinado al acusado.

Los jurados dan principio á su deliberacion, y las moscas vuelven á zumbiar á mas y mejor.

M. Stryver, el elocuente defensor, reúne los papeles que tiene delante, cuchichea con sus colegas y lanza de vez en cuando una mirada á los jurados.

El señor juez se levanta y se pasea por el tablado, perseguido por la idea de que hay miasmas pútridos en la atmósfera, idea que atormenta á varios individuos del tribunal.

Únicamente el docto colega de M. Stryver permanece sentado con las manos en el bolsillo, la toga medio caída, la peluca torcida y mirando al techo. Se advierte en él una pereza y una dejadez que disminuyen de tal modo su semejanza con el acusado, especialmente la que tenia en el momento en que se compararon las dos caras, que algunos de los espectadores se comunican la sorpresa que les causa, y no aciertan á explicarse cómo es posible que se diferencie tanto del acusado teniendo sus mismas facciones.

Ferry hace esta observacion al que está á su lado, y añade:

— Apostaria media guinea á que es un abogado sin pleitos. Semejante facha no es propia de un hombre de talento.

Sin embargo, M. Cartone se entera de los detalles de la escena mejor de lo que creia Ferry, porque es el primero que advierte que la cabeza de Lucia se inclina sobre el hombro del doctor, y dice alzando la voz:

— Ugier, ayudad á ese anciano á trasladar fuera de la sala á su hija. ¿No veis que se desmaya?

El doctor y Lucia excitaban la mas viva simpatia entre los presentes. M. Manette habia sufrido indudablemente mucho cuando le hablaron de su pasado, y la nube que le oscurece á intervalos y le da el aspecto de un anciano, no ha cesado desde entonces de velar su frente.

En el momento en que el padre y la hija cruzaron entre el auditorio, el presidente del jurado dirige la palabra al presidente del tribunal diciéndole:

— Los señores jurados no pueden ponerse de acuerdo, y desean entrar en la sala de las deliberaciones.

El juez, que no puede arrancar de su mente la idea de la gloria futura de Washington, se sorprende de que los jurados no puedan ponerse de acuerdo sobre un hecho tan sencillo; pero consiente con gusto en que vayan á deliberar en la estancia inmediata, y se aprovecha de esta circunstancia para salir de la sala.

La noche se acerca, y mientras encienden los quinqués, circula entre la multitud el rumor de que los jurados tardarán aun largo rato en ponerse de acuerdo. Casi todos los espectadores salen para tomar un refrigerio, y el acusado va á sentarse cerca de la puerta que conduce á la cárcel.

M. Lorry, que habia acompañado al doctor y á su hija, vuelve á entrar en el salon, y llama á Ferry.

— Si necesitais tomar alguna cosa, le dice, podeis salir; pero no os alejeis mucho, y procurad estar aqui cuando se pronuncie el fallo, porque he de enviaros á casa. Sois el mensajero mas ligero que conozco, y llegareis á Temple Bar antes que yo.

Ferry tiene escasamente todo el espacio de frente que se necesita para tocársela con el índice en reconocimiento del chelin que acompaña esta orden.

Al mismo tiempo se presenta M. Cartone, y pregunta al socio de Tellson:

— ¿Cómo esta la jóven?

— Le ha causado mucho disgusto lo que ha pasado; pero está mejor desde que respira el aire libre.

— Voy á dar la noticia al acusado. No os movais, porque no seria decoroso que un hombre de vuestro carácter, un hombre que ocupa cierta posicion en el comercio, hablase en público con un preso.

El banquero se ruborizó, como si confesara que habia pensado en cometer tan enorme falta, y M. Cartone se dirigió hácia el exterior de la barra.

— Señor Darnay, dijo, descareis saber cómo está la

señorita Manette, porque es muy natural. Acaban de decirme que su agitacion principia á calmarse, y que está mucho mejor.

— Siento en el alma haber sido la causa de su mal-estar. ¿Tendrais la bondad de decirselo así de mi parte, y de manifestarla que estoy sumamente agradecido?

— Con mucho gusto, respondió M. Cartone con un aire indiferente que rayaba en insolencia. Si os empeñais...

— Me empeño en ello, y os doy mil gracias.

— ¿Qué esperais del jurado, señor Darnay? repuso Cartone.

— Que me condenará.

— Haced bien en no abrigar ilusiones, porque es muy probable que así suceda; pero el desacuerdo de los jurados me induce á creer que no sereis condenado.

Ferry, que habia oído este diálogo, se alejó de los dos interlocutores, tan parecidos de cara y tan diferentes en la parte moral, en pié uno al lado del otro, y reflejados por el espejo que dominaba el banco de los acusados.

Trascurrió lentamente hora y media hasta que salieron los jurados, y á pesar de los pasteles de carnero y de los vasos de vino que les habian prestado su auxilio, dieron mas de un traspie al dirigirse á sus asientos, segun advirtieron los espectadores.

Ferry, que despues de comer y beber de una manera satisfactoria, se habia sentado en un banco en posicion cómoda para echar un sueño, se despertó al rumor de un murmullo nada sonoro, y fué arrastrado por la corriente que salia de la sala de audiencia.

— ¡Ferry! ¡Ferry! gritó el banquero que estaba en la puerta.

— Aquí estoy, señor, aquí estoy. Será preciso que haga uso de los puños para salir.

— Salid al momento, repuso M. Lorry entregándole un papel al través de la multitud. No os detengais en el camino.

— Bien, señor.

El papel que llevaba Ferry solo contenia una palabra: *Absuelto*.

— Si hubiera escrito esta vez *Resucitado*, murmuró Ferry, lo habria entendido perfectamente.

No tuvo tiempo para entregarse á sus reflexiones, porque se vió obligado á correr para que no le cerrara el paso la multitud que se extendia por el patio, y cuyo zumbido salia hácia la calle como si las moscas, viendo frustrada su esperanza, se lanzasen en busca de otro cadáver.

CAPITULO IV.

FELICITACIONES.

En tanto que se vertia el último sedimento de la estufa humana que hervia desde la mañana en la sala del tribunal, Lucia Manette y su padre, el abogado y el procurador de M. Darnay estaban reunidos en torno de este, y le felicitaban por haberse salvado de la muerte.

Hubiera sido difícil, aun con una claridad mas brillante, reconocer en el doctor, de rostro inteligente y de ademanes llenos de nobleza, al zapatero del arrabal de San Antonio. Sin embargo, el que le miraba una vez no dejaba de volver á mirarle, aun cuando no hubiera tenido ocasion de reparar en el timbre doloroso de su voz grave y en el aire distraído que por instantes velaba de pronto su rostro. No solo evocaban de lo profundo de su alma este estado de abstraccion una causa exterior ó una palabra relativa á sus años de agonía, sino que muchas veces la nube se formaba por sí propia, y tendia sobre las facciones del antiguo preso una oscuridad tan incomprensible para los que ignoraban su historia, como si en un cielo sereno hubieran visto á la Bastilla lanzando sobre él su sombra, á pesar de las trescientas millas que de aquella prision le separaban.

Únicamente su hija tenia el poder de ahuyentar estas nubes; era el hilo de oro que enlazaba los hermosos dias del doctor con la calma que gozaba despues de su miseria. La voz, la mirada y las caricias de Lucia ejercian en su padre una poderosa influencia, aunque recordaba en su padre una poderosa influencia, aunque recordaba en ciertas ocasiones no habia producido efecto su ternura; pero estas ocasiones eran raras, y de dia en dia adquiria mayor certeza de no verlas reproducidas.

M. Darnay besó la mano á Lucia con fervor, y despues volvió el rostro á M. Stryver, á quien dió las gracias.

El abogado contaba apenas treinta y seis años, y parecia tener cerca de cincuenta. Era grueso y bajo, tenia la voz chillona, las maneras bruscas, el cabello rubio, el rostro encendido, una falta completa de finura, y cierto modo de colocarse en medio de una reunion ó de una conversacion encogiéndose de hombros, que hacia augurar la rapidez con que se abriria paso en el mundo.

M. Stryver, que no se habia quitado aun la peluca y la toga, se colocó delante de su defendido con tal violencia, que empujó inocentemente á M. Lorry, y le separó del grupo donde se quedó como en terreno conquistado.

— Tengo la mas grata satisfaccion en haberos sacado de un mal paso, señor Darnay, dijo con desembarazo; era una causa infame é innoble, pero que por la misma razon debia seros mas funesta.

— Recordaré toda mi vida el servicio que me habeis prestado, respondió el jóven con entusiasmo.

— He hecho cuanto he podido, señor Darnay, y creo

que mis esfuerzos valen tanto como los de cualquier otro abogado.

La galanteria exigia que alguno de los presentes añadiera:

— Mucho mas.

M. Lorry se encargó de añadir esta frase galante con la intencion tal vez de recobrar el puesto que habia ocupado hasta entonces.

— ¿Lo creéis así? preguntó M. Stryver. Mil gracias. Habeis asistido á los debates y debeis entender en la materia, pues sois un hombre de negocios, un hombre grave y de criterio.

— Como un hombre formal, repuso M. Lorry que otro empujon del legista habia expulsado del grupo, apelo al doctor para que cierre la conversacion y disponga que nos retiremos. La señorita Lucia está muy pálida, M. Darnay ha pasado un dia terrible, y nosotros estamos readidos.

— Hablad por vos, dijo el abogado, cuando se trata de descansar, porque yo trabajaré toda la noche.

— Hablo especialmente por la señorita Lucia y por M. Darnay, repuso el banquero. ¿No creéis, hermosa Lucia, que hasta puedo hablar por todos nosotros? añadió designando con la mirada al doctor.

El rostro del anciano, cuyos ojos estaban clavados en Carlos Darnay, tenian una expresion particular, que cada vez mas marcada, anunciaba la desconfianza y la aversion unidas al temor.

— Padre mio, dijo Lucia apoyando la mano en su brazo.

El doctor ahuyentó la sombra siniestra que habia en su rostro, y contempló á su hija.

— ¿Nos retiramos?

— Sí, dijo exhalando un prolongado suspiro.

Acababan de apagar los quinqués y de cerrar las pesadas verjas que se habian juntado con estruendo, y el horrible teatro iba á quedar desierto hasta que volviese á poblarlo al amanecer el poderoso interés que despertaban el cadalso, la picota y el látigo.

Lucia salió á la calle apoyada en el brazo de su padre y acompañada de M. Darnay, y subió á un coche de alquiler en el cual se alejó con el doctor.

El abogado les habia dejado en el corredor para entrar en el vestuario.

Ninguno de los que habian asistido á la audiencia advirtió la parte que habia tomado en ella el colega de M. Stryver, y ni siquiera lo sospechó el mismo M. Darnay.

El indolente Cartone, que al terminar la sesion se habia quitado la toga y la peluca, con lo cual nada habia ganado su aspecto, no se reunió con los que daban la enhorabuena al acusado, y se apoyó en la pared en el sitio mas oscuro del corredor sin hablar con nadie. Despues siguió al doctor y á su hija sin desplegar los labios, y no les perdió de vista hasta que subieron al coche.

Luego que partieron se acercó á M. Darnay, que hablaba con M. Lorry.

— Segun parece, dijo al banquero, se puede hablar ahora con el acusado sin comprometerse. Si hubierais podido ver, señor Darnay, la lucha que se empeña en el ánimo de un hombre respetable, cuando está vacilando entre la necesidad de ceder al impulso de un buen corazon y la de conservar las apariencias que imponen los negocios, os habrais divertido mucho.

— Caballero, dijo M. Lorry ruborizándose y con cierto ardor, habeis mencionado ya el hecho; pero permitidme que os haga observar que las personas que están al servicio de una casa importante no se pertenecen en ninguna ocasion, y que deben pensar en los intereses de que están encargadas mucho mas que en sus propios deseos.

— Lo sé, respondió Cartone con indiferencia. No os enfadeis, señor Lorry. Sois tan bueno como otro cualquiera, y hasta estoy persuadido de que sois mejor.

— Os confieso, caballero, repuso M. Lorry, que no acierto á comprender porque os tomáis tanto interés por mi conducta. Perdonadme si usando de mi prerogativa de anciano, no me permito daros un consejo; pero creo que hariais mucho mejor en ocuparos en vuestros negocios.

— No los tengo, respondió el abogado.

— ¡Peor! ¡mucho peor! Y por cierto que es muy sensible.

— Soy de vuestro mismo parecer.

— Si los tuvierais, continuó el banquero, os ocuparais en ellos, y...

— Es probable que no, dijo M. Cartone interrumpiéndole.

— Hariais muy mal, caballero, dijo el anciano exasperado con tanta indiferencia. Los negocios distraen y ennoblecen, y no hay nada mas respetable que el trabajo que exigen. M. Darnay tiene sobrado talento para que deje de comprender mi situacion, y me consta que es muy generoso para temer por un momento que se haya ofendido de la reserva con que me he conducido... Buenas noches, señor Darnay; espero que conservareis la vida para gozar de toda clase de venturas, y renuevo con toda sinceridad mi enhorabuena. ¡Cocheo!

M. Lorry, que estaba tan enojado de sí propio como de M. Cartone por este movimiento de impaciencia, subió al coche y fué trasladado á casa de Tellson y compañía.

— ¿No os parece que es extraña la casualidad que nos reúne, señor Darnay? dijo riendo Sydney Cartone cuando partió el banquero. Estais esta noche en medio de la calle, solo con el hombre que tanta semejanza tiene con vos.

— Apenas sé si estoy vivo ó muerto, respondió Carlos.

— No me admira eso. ¡Hace tan poco rato que estáis á punto de pertenecer á los muertos! Me parece que estais fatigado.

— En efecto, me siento muy débil.

— ¿Porqué no cenais? Yo lo he hecho ya cuando se dudaba si debiais pertenecer á los vivos ó á los muertos. ¿Me permitiréis que os acompañe á una hostería donde pueda cenar una persona decente?

Sydney Cartone se apoderó del brazo de Carlos Darnay, le llevó hasta Lugdate y Fleet-street, y despues de hacerle cruzar algunas calles, entró con él en una fonda situada en el extremo de un pasaje.

Introducidos en un pequeño aposento, Carlos recobró muy pronto las fuerzas con el auxilio de una buena cena amenizada con un vino excelente, en tanto que Sydney Cartone, sentado enfrente de él, saboreaba su botella de Oporto con su característico aspecto de indolencia.

— ¿Principiais á creer que aun estais vivo? preguntó á M. Darnay.

— Principio á comprenderlo; pero estoy tan confundido, que ya no sé dónde me encuentro.

— Inmensa ha de ser pues vuestra satisfaccion, repuso Cartone con amargura y llenando el vaso. ¿Creeis que mi único deseo consiste en olvidar si vivo ó si no estoy ya en el mundo? A excepcion del vino de Oporto, la tierra, donde soy completamente inútil, no me ofrece ningun atractivo. Sobre este punto estamos muy lejos de parecernos, y á decir verdad, estoy seguro de que nos parecemos muy poco en cuanto á la parte moral. ¿Qué pensais vos de lo que acabo de decir?

Turbado Carlos Darnay por las emociones del dia, y creyendo estar soñando al ver enfrente su propia imágen con un caracter tan diferente del suyo, se vió tan embarazado para contestar, que resolvió guardar silencio.

— Ahora que habeis cenado, continuó Cartone, ¿porqué no brindais?

— ¿Por quién he de brindar?

— Teneis el brindis en la punta de la lengua.

— ¿Por la señorita Manette?

— Cabal. ¿Por la señorita Manette!

Mientras brindaban por Lucia, M. Cartone clavó la mirada en M. Darnay, y rompiendo el vaso, llamó para que le diesen otro.

— Es muy linda, y ha de ser delicioso conducirla á su coche de la mano y en la oscuridad, dijo el abogado llenando el vaso que acababan de traerle.

— Sí, dijo Darnay con tono breve.

— Una niña hermosa cuya compasion ha de ser grato excitar. ¿Qué impresion debe causar este triunfo! ¿Os parece que es caro pagar con el peligro de ser condenado á muerte la simpatia de una mujer tan encantadora?

Darnay no contestó.

— Se alegró en extremo al escuchar las palabras que me encargasteis que la dijera, no porque lo manifestara, sino porque lo adiviné.

Esta alusion recordó á Carlos Darnay que el descarado Cartone le habia dado una prueba de generosidad en el momento de su desgracia, y se aprovechó de esta circunstancia para desviar la conversacion, dando las gracias al abogado por su bondad.

— No merezco vuestra gratitud, respondió M. Cartone; el encargo era agradable, y lo cumplí sin hacerme violencia. Permitidme únicamente que os haga una pregunta.

— Teneis derecho á eso y á mucho mas.

— ¿Creeis que os tengo cariño?

— En verdad, caballero, respondió Darnay descontentado, que nunca he pensado en semejante cosa.

— Pensadlo pues ahora.

— Os habeis portado conmigo como un amigo verdadero, y sin embargo no creo que me tengais cariño.

— Ni yo tampoco, dijo el abogado; vuestra contestacion me hace formar una idea muy ventajosa de vuestro talento.

— No obstante, continuó Darnay levantándose, supongo que no hay en vuestros sentimientos para conmigo nada que pueda impedirme pagar la cena, y espero que nos separaremos sin reñir.

— También yo lo espero, respondió Cartone. ¿Tratais acaso de pagar por los dos?

— Si lo permitis... asi lo haré con gusto, repuso Darnay.

— En tal caso, dijo el legista al mozo, trae otra botella de Oporto, y acuérdate de despertarme á las diez.

Carlos Darnay se levantó despues de pagar la cuenta, y dió las buenas noches á M. Cartone, que levantándose tambien, le dijo con ademan provocador:

— Dos palabras no mas, señor Darnay, antes de separarnos. ¿Creeis que estoy embriagado?

— Creo que habeis bebido.

— Hacedis mas que creerlo, estais seguro de ello.

— En efecto, señor Cartone.

— Sabed pues el motivo de mi conducta; soy un miserable, un vago, sin posicion ninguna; no hago caso de nadie, y nadie hace caso de mí.

— Lo siento, caballero, porque podriais hacer mejor uso de vuestro talento.

— Sin embargo, señor Darnay, no os envanezcáis si os creéis superior, porque ¿quién sabe lo que nos guarda el porvenir?

Cuando Cartone se quedó solo, tomó la luz, se acercó al espejo que colgaba de la pared, y se miró con atencion.

— ¿Profesas cariño á ese hombre? preguntó á su propia imágen. ¿Porqué habriais de amarle? ¿Porqué te se parece? Pero ¿qué pueden amar en tí? Nada: hace

mucho tiempo que lo sabes. ¡El diablo te confunda! ¡Qué cambio se ha verificado en tu alma! ¿Es acaso una razon para tener cariño á un hombre el que te enseñe lo que hubieras podido ser, y te haga comprender la inmensidad de tu caída? A haber estado en su lugar, hubieras tenido la mirada que esos ojos azules han clavado en él, y habriais hecho nacer la emocion que agitaba ese rostro. Responde, responde con franqueza; ¡tú le detestas!

Y volviéndose hácia la botella para buscar un consuelo, la vació y se durmió con el rostro apoyado en sus brazos, mientras sus cabellos esparcidos cubrian la mesa y se derretia sobre ellos la vela.

CAPITULO V.

EL TIGRE.

En aquella época la mayor parte de los hombres bebían tanto, y ha habido bajo este punto un progreso tan notable en las costumbres, que cualquiera que citase en nuestros dias la cantidad de licor que tragaba entonces un gentleman sin que perdiere su reputacion de hombre bien educado, se le diria que exageraba ridiculamente.

El foro no se quedaba rezagado en cuanto á estos hábitos báquicos en que sobresalian las demás profesiones literarias, y el mismo M. Stryver, que habia recorrido ya un camino inmenso hácia una clientela tan lucrativa como numerosa, rivalizaba con los prácticos mas célebres, ya se tratara de apurar botellas, ya de vencer las dificultades de un litigio. Muy bien visto en el tribunal criminal, y lo que es mas, en los tribunales civiles, M. Stryver principiaba á subir con prudencia los escalones superiores del templo de Temis, de tal modo que no solo Old-Bailey, sino el tribunal del banco del rey, tendian los brazos á su favorito, y se le veia penetrar hasta el juez supremo, esto es, hasta el monarca, y asomar sobre una masa de pelucas su rostro rubicundo que se inclinaba como un girasol hácia el astro esplendente del dia.

Se habia advertido en el foro que si M. Stryver estaba dotado de facil elocuencia, de caracter poco escrupuloso y de un espíritu audaz y acertado en las réplicas, no tenia la facultad de agrupar los hechos y de sacar de ellos la esencia, que es uno de los dotes mas indispensables para un abogado. Pero hacia algun tiempo que habia dado sobre este punto un paso inmenso: cuantos mas negocios tenia, con mayor facilidad parecia profundizar y apoderarse de los puntos culminantes con una penetracion que hasta entonces se le habia negado. Aunque hubiera pasado la noche rodeado de botellas y en el desorden de la orgia, al dia siguiente tenia la causa en la punta de los dedos, y sabia sacar medios de ataque ó de defensa tan imprevistos como invencibles.

Sydney Cartone, el hombre perezoso por excelencia, el que menos prometia en el foro, era el aliado, el amigo inseparable del legista, y se hubiera podido poner á flote un navio de tres puentes con lo que bebían juntos desde San Hilario hasta San Miguel.

El distinguido abogado no trabajaba nunca sin que estuviese presente su amigo Cartone, con las manos en los bolsillos y los ojos fijos en el suelo ó en el techo. Recorrian los dos los mismos circuitos (1), se entregaban en provincia á las mismas orgias que en Lóndres, y las prolongaban tanto, que muchos decían haber visto entrar en su casa á Cartone al amanecer con paso furtivo y vacilante, como un gato que vuelve de sus galantes aventuras.

En una palabra, principiaba á cundir el rumor, entre los que se interesaban en el asunto, que si Cartone no era un leon, podia considerarse cuando menos como un tigre al lado de M. Stryver.

(Se continuará.)

La galería de M. Luis Fould.

M. Luis Fould apenas habia tenido tiempo de ver concluido el magnifico palacio que M. H. Labrouste acababa de construirle y de adornarle en la calle de Berry, su coleccion no estaba todavia completamente instalada, cuando la muerte vino á sorprenderle, y todas las riquezas que se ven acumuladas en nuestra lámina con otras preciosidades expuestas en otro aposento, se dispersaron y fueron á parar á manos de diferentes personas.

Dos piezas encerraban la coleccion de M. Luis Fould, un gabinete de trabajo y una galería. En este gabinete, espacioso como un salon, estaban los cuadros, algunas antigüedades y varias esculturas del renacimiento de mármol ó de tierra esmaltada. Una alta chimenea, igual á la de la galería, calentaba este gabinete, y sobre la mesa de ébano habia algunos bronceos florentinos y árabes.

Una hermosa puerta de nogal y de ébano como los demás entarimados, pone en comunicacion el gabinete con la galería. Aqui se habia colocado la mayor parte de la coleccion, que contaba mas de 3.000 objetos, en armarios y escaparates ejecutados por los dibujos de

(1) Tribunales á donde los jueces iban por temporadas á administrar justicia en las provincias.

M. H. Labrouste, que presidió á la construccion y á todas las disposiciones interiores del palacio.

En la hermosa chimenea que se ve en el fondo, se levanta un bello busto romano acompañado de algunos jarrones antiguos, y al frente está pintada la historia de Tobías, por M. Frappas, quien ha imitado en esta obra las pinturas de un cofrecillo de esmalte perteneciente á la coleccion. En el centro de la galería se admira una preciosa estatua antigua de mármol de Paros, debida al cincel griego. Es un fauno acompañado de un faunisco procedente de la villa Adriana, que rivaliza en belleza con algunas figuras en bajo-relieve colocadas en el gabinete. Esta estatua ha sido comprada en 16.000 francos por el museo del Louvre, que posee igualmente un busto romano de basalto, adquirido por 8.000.

En el vasto armario colocado detras de este grupo, están los bronceos, las tierras cocidas, los jarrones pintados y la cristalería antigua, así como tambien las antigüedades egipcias y cierto número de majólicas de una eleccion selecta. Esos jarrones, lo mismo que los cristales antiguos, se vendieron á precios muy elevados, lo que prueba que aun hay aficionados á lo verdaderamente bello, y que no todos los ojos están fijos en los vidrios del siglo XVIII.

En el fondo se ven dos armarios, de los cuales el de la derecha contiene las obras del renacimiento, de tierra ó de cristal, majólicas, vidriados de Palissy y cristales de Venecia. En el otro están las obras de la edad media: marfiles, esmaltes, relicarios, objetos de plata, y por último, los bronceos de caprichosos adornos fabricados por los árabes. En los dos armarios correspondientes junto á la puerta de entrada, están en un lado los esmaltes, los bronceos, los jades y las porcelanas chinas del gusto mas severo, y en el otro los marfiles y las copas de esmalte, los bronceos del renacimiento, con una porcion de objetos menudós de metal ó de piedras preciosas.

Tres escaparates se distinguen delante del fauno por el lado del jardin; en el bajo del centro están expuestas las joyas antiguas y las medallas de Siracusa ó del renacimiento. En el escaparate en forma de jaula se hallan los camafeos y las vasijas antiguas ó orientales de piedra dura, maravillosas por la calidad y por el trabajo. En el otro hay los esmaltes pintados de Limoges, joyas y cristales de Venecia.

Finalmente, en los cuadros de la pared al frente de las ventanas hay placas de esmalte.

A esta fria enumeracion de tantas riquezas reunidas, hay que añadir la pureza de la forma de los jarrones griegos y el estilo de sus pinturas; la belleza de las piedras duras, el brillo de los esmaltes, el resplandor de las majólicas, el iris de la cristalería griega y romana, y sobre todo la suprema hermosura de la escultura griega. Imagínese además el armonioso concierto de tantos tonos distintos como centellean por todas partes, de las tierras negras de Nola como de las porcelanas con reflejos de fuego de Gubbio; de los fondos de las pinturas de Limoges; de los sardonix y de los jades; de las aristas de los objetos de plata y de la superficie de los marfiles; y pensando además en los estilos y las tendencias de tantas artes sucesivas y pertenecientes á civilizaciones tan diversas, se podrá tener una idea de lo que era aquella opulencia, envidiable principalmente porque poseia la inteligencia y el gusto del arte.

A. D.

Don Alejandro Magariños Cervantes.

(Conclusion.)

« Celiar es la tercera página de las *Brisas del Plata*, coleccion de poesias puramente americanas, de las cuales muchas han visto ya la luz en los periódicos de mi pais y algunas en los de la peninsula. El pensamiento que predomina en todas, se reduce á buscar nuestra poesia en sus verdaderas fuentes, es decir, ya en el pasado, ya en el presente, ya en el porvenir de América; ora en las maravillas de nuestra espléndida naturaleza, inerte y animada; ora en las escenas originales de nuestras estancias y desiertos: tan pronto penetrando en el caos de nuestras miserias y extravíos políticos y sociales, como elevándose en alas del genio de la patria y cantando los dias gloriosos de la independencia suramericana, sus hombres célebres, estadistas, guerreros, poetas, escritores ó simples ciudadanos, buenos y malos; á los primeros, para presentarlos á la admiracion del mundo y á la meditacion de la juventud americano-hispana, como el mejor ejemplo que puede imitar; y á los segundos, para marcarlos en la frente con el sello perdurable de la infamia y sacarles á la vergüenza pública, como la mejor sátira contra los vicios ó crímenes que les han granjeado la funesta celebridad de que gozan: tan pronto vencido por el desaliento ó la ira, vertiendo en una página lágrimas de fuego y rompiendo indignado las cuerdas del arpa, como entonando, al volver esa misma página, un himno de gracia al Altísimo por los bienes que nos ha prodigado, y pedirle que á su sombra germinen la union, la concordia y el olvido de nuestras malas pasiones... » (1).

La invocacion no es solo un bello arranque digno de un verdadero poeta, sino que se distingue por el sello

(1) Palabras escritas por el autor en la introduccion del poema.

LA CAZA, caricaturas por Cham.



Anda á cazar, ya que eso te divierte, pero no lles la escopeta, porque podria suceder alguna cosa, y yo estaria con cuidado.



Este papel no trae mas que desgracias de caza... No seré yo tan tonto que mate á esas tres liebres... Ya podeis largaros.



Las desgracias son tan frecuentes, que lo que es yo he tomado el partido de mandar tirar mis escopetazos á un criado: le pago para que me sirva.



No podemos tirar los dos al mismo animal. Cuídese usted de ese, que yo me encargo del conejo que va por allá abajo.



¡Diantre! Buen susto me han dado esas perdices. Salen por entre las piernas de uno cuando menos se lo espera... ¡Que el diablo se las lleve!



¡Veo una liebre y voy á tirarla. — Guárdese Vd. de hacerlo estamos en medio de un bosque, y si hay ladrones acudirán al ruido por este lado.



Usted siempre pega á la liebre en el cuarto trasero. — Consiste en que mi escopeta se carga por la culata. La carga tiene la costumbre de entrar siempre por detrás.



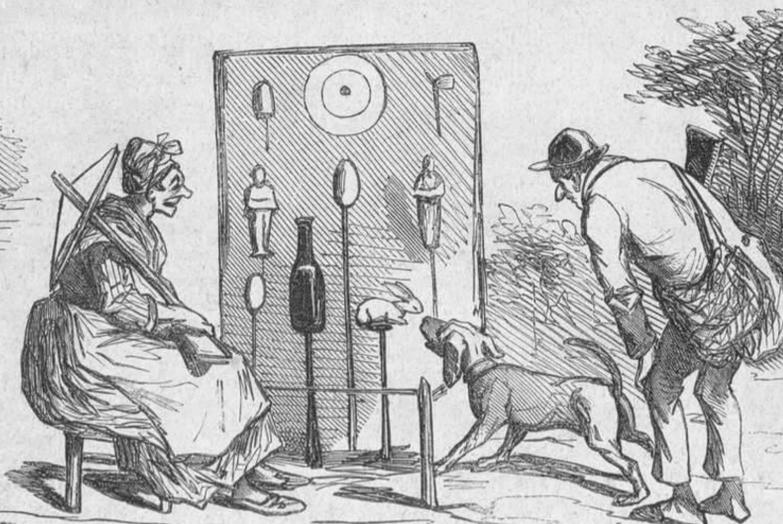
¿No tira Vd. á ese conejo? — ¡Oh! no; tiene traza de ser doméstico, y su amo me podria buscar una contienda y salirme caro.



Caza á la bayoneta. — Nuevo sistema de caza con el cual se evitan los accidentes que resultan del uso mal entendido de la pólvora.



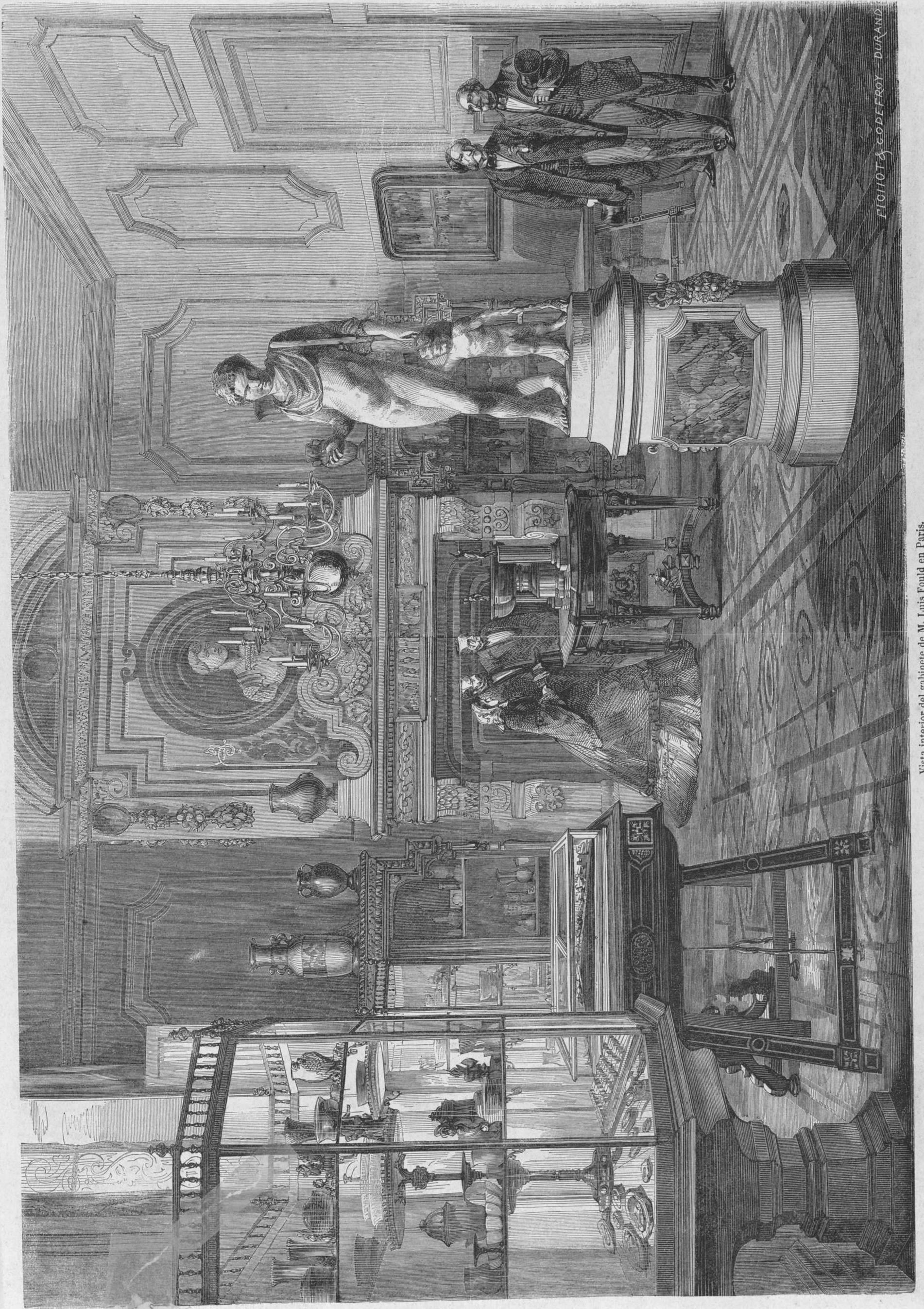
Del inconveniente de sentarse cuando el morral está lleno de becasas.



¡Qué estúpido es mi perro! ¿No ves que es de yeso, animal?



La etiqueta inglesa en materia de caza. ¡Oh, no! No tiraré á esa liebre: no me ha sido presentada.



FIGLIOT & GODFREY DURAND

Vista interior del gabinete de M. Luis Fould en Paris.

eminentemente americano que la caracteriza. El poeta dice, entre otras cosas:

Dejadme en las riberas
Del anchuroso Plata,
Cabe sus verdes islas
Y bosques de azahar;
Absorto en las bellezas
Que su cristal retrata,
Por montes y llanuras
Risueño divagar.

Dejadme, sí, dejadme
Perder en el desierto,
Sombrio, inmensurable,
Sin vallas ni confin;
Y sorprender su horrible
Sublime desconcierto,
Al grito del salvaje
Cargado de botín.

Dejadme que me acoja
Bajo el pajizo rancho
Mientras gritando sigue
Fatídico el *Jalsá*;
Y allá en la extensa Ioma
Se pára el vil *Carancho*,
Marcando con su vuelo
Do el enemigo está.

Y en tanto que el *Pampero*
Con furibundo embate,
Los árboles se lleva
Cual plumas de alción;
Dejadme sin recelos
Al aspirar el *mate*,
Oír americana
Dulcísima canción.

¡ Venid! venid conmigo,
Los que alumbró en la cuna
El sol que fecundiza
Del mundo el gran jardín;
El sol que en cada rayo
Vibra y potente aduna
De Dios una mirada,
¡ Que envidia el serafín!

¡ Venid! y cruzaremos
El llano, el monte, el río,
Y del *gaucho* errante,
Y de la tribu infiel,
Cantando la arrogancia,
La fortaleza y brío,
Tal como son, pintarlos
Mi lira sabrá fiel.

Ya en torno de mí giran
Las tradiciones bellas,
Del invasor escritas
En el acero audaz;
Que rojo centellea,
Marcándome las huellas
Del que vencido implora
La muerte y no la paz.

Ya miro en lontananza
Cruzar cual meteoro,
Las desbandadas huestes
Del arrogante infiel;
Y retemblar el suelo
Con estridor sonoro,
Bajo el sonante callo
Del rápido corcel.

Diviso á mis *gauchos*
En potros no domados,
Volviendo del *rodeo*
Bajar en confusión;
Por cerros y barrancos,
Por valles y collados,
Cual bandas de *condores*
Que vuelan en monton.

Los miro de allí á poco
Mientras la sombra avanza,
Sentados en el tronco
De secular ombú:
En pláticas sabrosas
De amor y confianza,
Ver asomar la luna,
Y su argentina luz.

Empieza la leyenda en el siglo XVIII, bajo el rey Fernando VI, y en ella se nos pinta el carácter de los salvajes orientales, tribus indómitas, que

No eran como los de Méjico
O del Perú, que cobardes,
De la pólvora al estruendo,
Trémulos de espanto huían
Como tímidos corderos.

El poeta describe el sitio donde pasa la escena:

No lejos del *Uruguay*
En un bellissimo otero,
Como cosa de dos leguas
Mas allá del llano extenso
Donde hoy existe *Sandú*,
Comerciante y rico pueblo,
Existía ahora cien años
Otro pueblo pintoresco
En sus leyes y costumbres
Igual á los de aquel tiempo:
Pueblo inocente y sencillo
Con su destino contento,
Siempre obediente y sumiso
Sin murmurar altanero;
Porque don Juan de Altamira
Era allí el jefe supremo,
El temido comandante,
El hombre de altivo ceño,
Que en nombre del rey de España
Le dictaba sus decretos.

Y en un radio de diez leguas
Al rededor de este pueblo,
Muchas y ricas *estancias*
Los pobladores hicieron;
Y sus haciendas tomaron
Rapidísimo incremento,
En aquel país do vírgen
Todavía está el terreno,
Do todos los animales
Se multiplican sin cuento,
Y blanquean entre el verde
Cual flores en un almendra,
En número tan crecido,
Que hasta el cálculo es incierto.
Suelo feliz donde saltan
Mil plácidos arroyuelos,
Que al reunirse, murmurando,
Se dan amorosos besos:
Donde apenas la semilla
Toca la tierra, al momento
Vida bebe, y fecundada
Se levanta sacudiendo
El flexible, airoso tallo
Que un gérmen encierra eterno:
Pensil que naturaleza
Bajo forma de ángel bello
Para gozar sus amores
Convierte en fragante lecho,
Y cual regalo de bodas
Le tapiza en su embeleso
Con los dones mas preciosos
Que esconde en su fértil seno.
Por eso América tiene
Grabado de Dios el sello
En su faz esplendorosa,
Y tal vez solo por eso
Encierra lo que en sus lares
Busca en vano el europeo,
Con el sudor de su frente
¡ Regando el hambriento suelo!

En esta mansion dichosa,
Imágen del mismo cielo,
La vida pasa, cual pasa
Placer ardoroso, intenso,
Que brilla como el relámpago
Y desaparece al momento.
Pero en cambio, las pasiones,
De la razón roto el freno,
Terribles, hondas, voraces,
Se truecan en un incendio,
Que abrasa cuanto se opone
A su volcánico anhelo.

Allí todos son poetas,
Y el raudal del sentimiento,
Cuando se desborda, deja
El corazón y alma llenos.
Hombres y mujeres saben
Amar con delirio ciego,
Que para el placer y amor
Predestinados nacieron;
Y nadie siente ni goza
Cual sienten ó gozan ellos.
¿ Lo dudáis?... pues silenciosos
Venid conmigo y entremos,
Entremos en algun rancho
Y cabe el hogar sentémonos.
Allí en grupos confundidos
De la hoguera á los reflejos,
Vereis á nuestros *gauchos*
Tan bizarros como tiernos,
Al compás de su guitarra
Fáciles trovas urdiendo,

Cantar las dulces historias
De aquellos y destos tiempos.

Luego vienen los cumplidos esbozos del buen don Diego y de la hermosa Isabel. Conozcamos á esta:

Pura violeta del valle
Entre el follaje escondida,
Blanca tórtola perdida
En un bosque de azahar;
Flor y ave cuyo canto
Y suavísima fragancia,
Al viajero á la distancia
Le revelan dónde están.

Isabel simbolizaba
Cuanto el pensamiento alcanza,
Emblema de la esperanza,
Delirio de la ilusión;
De alma angélica y de formas
Que de hermosura tesoro,
Eran el cerco de oro
De joya de mas valor.

Cuando tomaba en sus manos
La guitarra vibradora,
Bajo sus dedos sonora
Gemir parecía de amor:
Sus brillantes ojos negros
Fulguraban repentinos,
Y de sus labios divinos
Enloquecía la voz.

Y si oía los elogios
Que todos la tributaban,
Sus megillas se animaban
Y con sonrisa fugaz,
Dando otro giro al discurso
Fijaba en tierra los ojos,
De purpurinos sonrojos
Teñida la blanca faz.

Así todos, á cuatro leguas á la redonda, iban á visitar á Sandoval y á rendir sus homenajes á la hija encantadora; contándose entre los admiradores « el jefe español temido, » que no desdeñaba tomar

. . . . el *mate* fragante
Yerba que el trópico cria.

Y los amables parroquianos departían de antiguas historias, ó de amorosos cuentos, ó bien

. . . . hablaban de *parejeros*,
De las próximas carreras,
De las apuestas primeras
Del depósito comun,
Y afables se concertaban
Para reunirse en las *trillas*,
A correr por las *cuchillas*
Al *guanaco* y al *ñandú*.

Y no obstante, muchas veces
Por una ligera chanza,
Ardiendo en sed de venganza
Se buscaban al salir;
Y con la ira en los ojos,
La rabia en los corazones,
Sin escuchar mas razones
Trababan sangrienta lid.

Así volaban las horas,
Y el alba venía amorosa
En aquella estancia hermosa
A orillas del Uruguay;
Estancia muy frecuentada,
Llena de paz y alegría,
Que entonces pertenecía
A don Diego Sandoval.

Todos amaban á la bella, aun el jefe español, pero Isabel había ya dado su corazón á otro:

Pero luego mas tarde aparecía,
De la vasta llanura en el confin,
El amante feliz que poseía
El amor celestial de aquella huri.

Mas que el sol coronado de sus rayos,
Es hermoso el valiente Celiar;
Aun no cuenta felice veinte mayos,
Y ya de las hermosas es iman.

Para amar aquel hombre y adorarle,
Y sentir en el alma nuevo ser,
Bastaba una vez sola contemplarle
Sujetando un fogoso *pangaré*:

O como tromba de pujanza llena,
Con el lazo en la cincha del bridon,
A los vientos tendida la melena,
Derribando al novillo mas feroz;

O valeroso en el extenso llano,
El bramido del tigre al escuchar,

El poncho envuelto en la siniestra mano,
Y en la otra firme el matador puñal,

Aguardar á la fiera frente á frente,
Y al sentirla ya encima, hundir veloz
El poncho por su boca de repente,
Y partirle de un golpe el corazón.

Don Diego sabe que el poderoso Altamira ama á Isabel, y pretende obligarla á que le corresponda. La jóven no cede á esas instancias, y con enérgicas palabras pinta su amor por Celiar.

Era un día de rodeo, gran día de fiesta y de verbena en las Pampas y en los Llanos, en el Plata y en el Oriente de Venezuela, como en la Sabana de Bogotá. En ese torneo americano se hallan los dos rivales — el orgulloso español y el pacífico Celiar.

Después de la *yerra*, operación descrita con admirable destreza, sigue la carrera: los dos rivales son los héroes de la fiesta; ambos montan briosos y nobles corceles; ambos se lanzan, y la suerte favorece ya al uno, ya al otro:

Su aérea carrera
La vista no alcanza,
Pues vence ligera
La lumbre que lanza
El rayo al pasar;
Pero con no humana
Rapidez gigante,
La meta cercana
Primero triunfante
¡Pisó Celiar!

Los aplausos y clamores
Celebran al vencedor
Y también al parejero
Que la carrera ganó,
Los hombres como envidiosos
De tanta gloria y honor,
Y las mujeres con dulces
Latidos del corazón,
Que les dicen silenciosos
Cuánto el jóven corredor
En su pecho enamorado
Oculto fuego encendió;
Pero ninguna su afecto,
Luchando con el pudor,
En su ademan y miradas
Como Isabel demostró,
Que inquieta desde el principio
Y llena de turbación,
Sin querer manifestaba
Su incertidumbre y temor,
A cada palabra oscura,
A cada lejana voz
Con que la turba seguía
La carrera del bridon.
Así fué que cuando el jóven
Lleno de polvo y sudor
De su corcel victorioso
Velozmente descendió,
Brillaba tanta alegría
En su rostro encantador,
Que no hubo siquiera uno
Que al punto no comprendió
Su mal encubierto afecto,
Su envidiable y puro amor,
Y la íntima simpatía
De su férvida pasión.

Pero cuando mas juramentos de amor se hacian los dos amantes, don Juan, acosado por los celos, juró también perder á la infeliz pareja.

Cuando estaba ya próximo el día de la deseada union, un *chasque* aparece trayendo una carta, en la cual se anuncia á Celiar que estaba de muerte el anciano que le habia servido de padre. Fuerza era partir: así lo dictaban el deber y la gratitud.

Ya Celiar está en marcha, y se halla empeñado en una sierra, cuando le acometen de improviso diez jinetes que le arrojan *bolas* á su *parejero*, impidiéndole todo movimiento. El noble animal, no pudiéndose desembarazar de sus ligaduras, va á tierra, arrastrando al caballero, que cae sin sentido. El jefe de los diez, el rival de Celiar, se acerca entonces, y tres veces le hunde un puñal en el pecho.

Alguno hubo que desde el primer día designara á don Juan como el asesino de Celiar. Pero nadie se atrevía á decir en alto lo que á voz baja se contaba en la intimidad del hogar. Todos temian al poderoso y vengativo jefe. En cuanto á don Diego y á Isabel, la hipocresía del asesino les habia vendado los ojos; á tal grado que veian en don Juan el amigo mas sincero.

Un año ha transcurrido. La memoria de Celiar iba olvidándose, aun por la amante y amada Isabel. El poeta, antes de seguir su narración, introduce un episodio interesante, y un canto en que campean admirables versos.

Emilia era una niña andaluza, que trasportada á las playas del Uruguay, se habia desarrollado allí en toda

su espléndida belleza. Un hombre la amó, le cautivó su sencillo corazón, deshonróla y abandonóla. Carlos, jóven honrado y leal, la amaba también; pero fué tarde ya cuando supo el fatal secreto de la deshonra de su amada Emilia. Esta, enferma de amor y de vergüenza, exhaló el último suspiro. Carlos juró vivir para vengarla.

Luego vienen las hazañas de los valientes é indómitos *Charruas*, y el retrato del bizarro jefe Toluba; brillantes cuadros en que campean las galas de la naturaleza americana y en que se exhibe la rica imaginación del inspirado vate.

Toluba tiene amedrentado al jefe español y á sus intrépidas tropas. Le proponen la paz, le hacen ricos presentes, — y él rehúsa estos como rechaza aquella. Siempre grita:

... ¡Guerra á muerte:
Un ultraje yo tengo que vengar!

Entre tanto, don Juan asedia á Isabel, que crece en hermosura. El padre de la jóven le insta para que acepte la mano del poderoso señor: la prometida de Celiar vacila entre su pasado amor y las exhortaciones diarias que se le hacen.

Una tarde tomaban el mate don Juan, Isabel y sus amigos, cuando aparece un *pallador*, y tras deliciosas trovas cuenta su propia historia..... Era la historia de Celiar, del amante que no habia muerto. Don Juan se levanta indignado y quiere golpear al cantor; pero este, alerta y vigoroso, le rompe su guitarra en plena faz.

Isabel, sin descubrir quién sea el trovador, queda firme en la creencia de que vive Celiar, y desde entonces no puede soportar la presencia de don Juan.

El episodio *Un bosque de mi patria*, es un cuadro fotográfico de los países americanos: en él hay no solo color local, sino toda una fuente de poesía intertropical.

Un día se hallaban don Juan é Isabel en el tupido bosque descrito por el poeta. El jefe brutal, encolerizado al oír el constante rechazo que de su amor hacia la bella, la amenaza con toda especie de castigos para su padre, con la deshonra para ella. Isabel cae desmayada, y el *pallador* se presenta y hace que don Juan caiga de rodillas ante la desmayada virgen.

Pero, hé ahí que pocos días después, don Juan é Isabel se hallan en el templo, y ya el sacerdote les iba á unir, cuando se oye el grito de ¡alarma! y soldados y asistentes se precipitan fuera, viéndose obligado á imitarles el jefe español.

El sacerdote dice á la jóven:

— ¡Huye! si te quedas
Tu vida hoy expones,
Sin mas dilaciones
Lee aquestos renglones...
— ¡De quién son? — ¡Adios!

La niña lee y entiende. Algunas horas después, los españoles estaban en derrota, y don Juan despavorido y cubierto de sangre llega á la casa de don Diego y le invita á huir con su hija del ciego furor del cacique, que ya avanza. — Isabel oye impasible al jefe.

Ya llega Toluba: don Diego reconoce en él el jefe de los indios; don Juan ve en él al *pallador*; Isabel se precipita entre sus brazos, diciendo: — ¡Celiar!..... ¡Mi dulce amor!

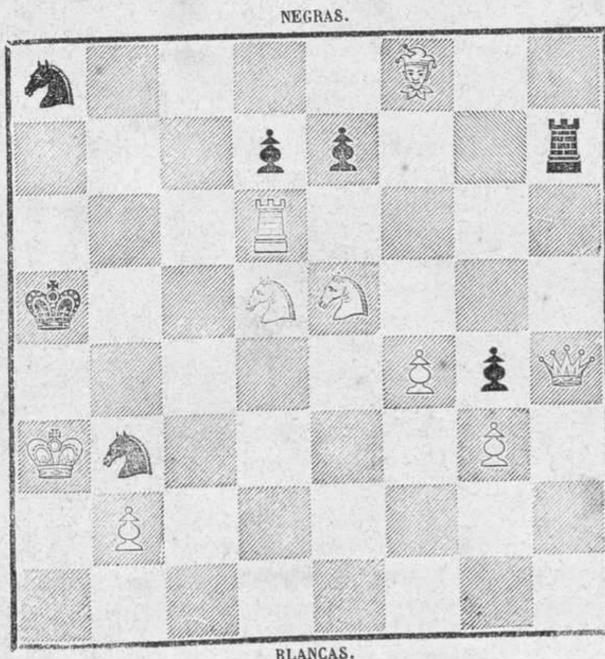
Don Juan es desarmado. Toluba le dice que en vano

Problemas de ajedrez.

Solucion del número 88.

- 1 Ra 3a CR P come Ra
- 2 A 3a TRa
- 3 T 7a R jaque-mate.

PROBLEMA NUM. 89, POR M. SAUBERLICH.



Las blancas dan jaque-mate en cuatro jugadas.

le ha buscado en el combate para luchar con él; pero que rendido, le otorga la vida, á petición de Isabel. El jefe dice al cacique: — No temo la muerte, pero deseo confiarte un secreto. Los indios salen á una señal de Toluba: solo quedan Isabel y los dos adversarios.

Don Juan pidió á Toluba que le revelase el nombre del espía que le habia tenido al corriente de las maniobras y movimientos de los españoles. Este repuso: — Ya tu poder no le alcanza: es Carlos, el amante de Emilia, á quien deshonraste; el amante á quien hiciste conducir á España cargado de cadenas y que pudo al fin regresar al Plata, para castigar tu infame conducta.

Pero se oyen gritos. Don Juan cree que los suyos avanzan hácia la puerta. Toluba, ó sea Celiar, se descuida. El jefe español saca una daga y se lanza sobre su adversario: Isabel se interpone entre los dos y es herida de muerte. Don Juan huye.

Toluba se aleja llevando á Isabel. A la sazón habian llegado refuerzos españoles, y los indios, entregados á la bebida, se hallaban ébrios: no hubo lucha, sino una carnicería espantosa, en que estos perecieron por centenares. Celiar, acompañado de algunos fieles servidores, pudo ganar el monte y ponerse en salvo con su preciosa carga.

En su fuga, ella moribunda á causa de su herida, él agonizante á causa de su amor, se hablan con pasión, se hacen nuevos juramentos, sin descansar departen de amor, y conciben dulces esperanzas.

Ya llegan á una gruta solitaria. Diez días han pasado sin que Isabel experimente ninguna mejoría; la fiebre aumenta, la muerte avanza.

Un anciano sacerdote, el pariente de la seducida Emilia, el confidente de Carlos, se dirigió á la gruta y se consagró á dispensar sus cuidados espirituales á la jóven.

En una noche de lluvia y de centellas, Celiar abandona su gruta y endereza hácia la ciudad el rápido paso de su corcel. Al llegar á la casa de don Juan, toma sus precauciones; se introduce cuidadosamente en el aposento de su adversario, quien se hallaba devorado por el insomnio. La estancia estaba á oscuras; pero la luz de un relámpago ilumina la escena, y los dos enemigos se reconocen: don Juan descarga una pistola sobre Celiar: Celiar hunde un puñal en el pecho de don Juan.

Celiar vuelve á la montaña. Herido va, y de muerte. Penetra en el escondite de Isabel, que agonizaba: esta se incorpora al oír la voz de su esposo; se hablan de amor, y ella también de arrepentimiento; y mientras que el sacerdote bendice su union, los dos exhalan el último suspiro, sellando sus labios con el primero y último beso.

Un humilde monumento fué erigido en este sitio, y sobre él se levantó el signo redentor de la cruz. Un jóven, de enérgica y melancólica figura, cuidó por mucho tiempo, mientras conservó el aliento de la vida, ese sepulcro que adornaba con flores, regaba con lágrimas y santificaba con sus plegarias. Ese jóven era Carlos.

En ese poema estan perfectamente diseñados los caracteres y se explican las escenas por los sentimientos que hacen brotar, por las pasiones que encienden ya el amor y los celos, ora la ambición y la lealtad.

El señor don Ventura de la Vega cita á varios literatos que han hecho cumplidos elogios de las obras del poeta oriental. Veamos lo que el señor Rua Figueroa nos dice acerca de *Caramurú*.

« *Caramurú* es la idealización del gaucho, del hombre de las soledades americanas. El autor ha simbolizado en él la gloriosa lucha de su país desde 1817 hasta 1828 con el Brasil, sujeto entonces á Portugal. Le ha pintado con todas sus nobles y malas pasiones; ha descrito sus costumbres, sus juegos y su indomable arrojo: le ha acompañado en su vida errante y vagabunda: le ha seguido al desierto, á los campos de batalla, al fondo de las selvas. Ha sorprendido los tesoros de sensibilidad y ternura que encierra su corazón, colocando á su lado á una niña de quince años, delicada flor de las ciudades, bella como un ángel, tímida, inocente, y que ama con delirio al terrible y oscuro gaucho, especie de árabe americano, sin mas ley que su capricho, sin mas felicidad que su independencia y el placer de vagar por los campos y los bosques, libre como los innumerables rebaños que los pueblan. Este magnífico contraste, fundado en las preocupaciones y posición social, en los hábitos é ideas, y en las costumbres de los dos amantes, resalta mas y se completa, digámoslo así, cuando se compara el carácter indómito, fogoso y casi salvaje de *Caramurú* con el de *Lia*, tierno, virginal, humilde y candoroso como el de un niño. »

El eminente señor Ochoa hablaba así de la obra *No hay mal que por bien no venga*:

« Un jóven americano de mucho talento, el señor Magariños Cervantes, de quien ya hemos tenido ocasión de hablar con elogio en nuestras revistas dramáticas, ha publicado recientemente una novela de costumbres de su país, muy digna de que llamemos sobre ella la atención del público. Titúlase *No hay mal que por bien no venga*, y ha salido á luz en el periódico de literatura *la Semana*. »

El señor Ochoa narra el argumento, y añade luego:

« Tal es el fondo de esta acción sencilla, al par que interesante, moral y patética: tal es el marco, digámoslo así, en que el señor Magariños Cervantes enaja hábilmente una pintura fiel y animada de las costumbres de su país natal, el antiguo vireinato de Buenos Aires. El autor sabe dar tal carácter de verdad á sus descripciones de los sitios; están estas tan impregnadas de lo que hoy se llama el colorido local, que cree uno hallarse, ya en los ranchos de las Pampas, ya en medio de aque-

llas selvas vírgenes, y participar en cierto modo de la aventurosa y extraña vida de los gauchos, término de transición entre el salvaje y el hombre civilizado.

A estas pintorescas descripciones de paisajes y de costumbres, que para nosotros los españoles tienen todo el atractivo de la novedad, se agrega en la novela que nos ocupa, el mérito de un lenguaje correcto, salpicado de locuciones y modismos americanos oportunamente colocados en boca de los interlocutores, dando así al diálogo una originalidad y una animación de excelente efecto. En las escenas tiernas el autor despliega suma riqueza de sentimiento y un estilo muy levantado, pero sin afectada hinchazón. Se ve que ha hecho un estudio concienzudo de la lengua, así como en la habil trabazón de la

fabula se conoce que no es extraño al arte del novelista. En efecto, ya antes se había ensayado en él felizmente con otras dos novelas, también de costumbres, titulada una la *Estrella del Sur*, y otra *Caramurú*, mas largas que la que hoy examinamos, y de un argumento mas complicado, pero no por eso mas interesantes. El señor Magariños Cervantes tiene todas las dotes de un buen novelista: si persevera en la senda en que con tanto acierto ha dado los primeros pasos, no dudamos que llegara a ocupar un puesto muy distinguido entre los escritores mas acreditados de su patria y de la nuestra. Su segundo apellido le impone en cierta manera la obligación de conseguirlo, una vez que lo ha intentado.»

Esperamos que el señor Magariños haga a la América el presente de nuevas obras, aun cuando para darle fama tiene bastante con las que ha publicado.

J. M. TORRES CAICEDO.

1863.



Un paisaje de Schirmer.

Un paisaje de Schirmer.

El arte del paisaje acaba de hacer una pérdida notable en la persona de G. W. Schirmer, director de la Escuela de bellas artes del gran ducado de Baden en Carlsruhe. Hijo de un modesto encuadernador, oriundo de Silesia, Schirmer estaba destinado a continuar el oficio de su padre, pero la afición y buenas disposiciones que manifestó desde muy joven, determinaron a su familia a enviarle a la escuela de pintura de Dusseldorf, dirigida entonces por Schadow. El alumno hubo de sufrir muchas privaciones, pero las soportó con la fuerza que infunde una verdadera vocación.

El maestro que quería hacer de su discípulo un pintor de historia, no halló en él todas las cualidades especiales que se requieren, y viendo que descollaba en el

paisaje, muy luego le tomó como ayudante en la escuela para una clase consagrada a este género.

En 1839 (tenía a la sazón treinta y dos años) fué nombrado profesor titular de la escuela de Dusseldorf, que se hallaba muy floreciente en aquella época. Desde entonces emprendió series de viajes de estudio por las márgenes del Rin, la Suiza, el Tirol, la Italia y el Mediodía de la Francia.

Al cabo de seis semanas no mas pasadas en dos departamentos franceses, el Vaucluse y el Herault, Schirmer regresaba y exponía su cosecha, que se componía de ciento cuatro grandes estudios. Los periódicos artísticos alemanes elogiaron esta fecundidad, el mérito de las obras y la pintoresca belleza del país visitado por el

artista. Guiado por el amigo que escribe estas líneas y que conoce perfectamente aquellos lugares, Schirmer no perdió un minuto en buscar asuntos; el dibujo que damos en esta página fué copiado del natural en el antiguo teatro de Arles el 6 de octubre de 1851.

Schirmer tenía una fisonomía bastante rústica, pero muy expresiva. Era bueno y honrado. Hombre muy religioso, no dejaba una sola mañana de leer la Biblia a sus hijos. Bajo la influencia de este sentimiento, aplicó su inteligencia en los últimos años a tratar escenas bíblicas en paisajes del estilo llamado histórico. Estas últimas obras ejecutadas al carbon en grandes dimensiones, han tenido una boga extraordinaria. En medio de una actividad constante y en la fuerza de la edad, Schirmer se vió sorprendido por la muerte, y al cabo de un día de enfermedad se durmió para siempre, dejando obras en la mayor parte de los museos de Alemania, que le señalan un puesto entre los artistas de eterna memoria.

J. B. L.



Steeple-chase en la Marche, últimas carreras del otoño de 1863. — (Véase la *Revista de Paris*.)